



SOCIALIST LABOR PARTY

Daniel De León:

*La Reconstrucción
Socialista
de la Sociedad*

Precio 25c

La Reconstrucción Socialista de
La Sociedad

El Voto Industrial

Por Daniel De León

Este magnífico discurso de Daniel De León, el erudito marxiano y el sociólogo más grande de América, expone la causa del fracaso del capitalismo, y señala el camino fuera de la miseria y de las dificultades de hoy en día. Léalo. Estúdielo. Dáselo a compañeros de trabajo. La clase trabajadora americana tiene que organizarse según los planes especificados en este folleto. La alternativa es el feudalismo industrial. Véase Italia, y particularmente Alemania, como muestra de ese feudalismo industrial.

Precio 25c (M. A.)

NEW YORK LABOR NEWS CO.
61 Cliff St., New York 3, N. Y.

*La Reconstrucción
Socialista
de la Sociedad*

EL VOTO INDUSTRIAL

Por DANIEL DE LEÓN



Traducido en 1946 al español por
MARGARET H. DICKSON

NEW YORK LABOR NEWS COMPANY
61 Cliff Street, New York 3, N. Y.

Sin la organización del gremio, y sin la disciplina de la unión de buena fe, el período de transición del capitalismo al Socialismo tendrá que ser dominada por una Dictadura. Véase bajo la superficie del hombre quien ve con desprecio en grande el unionismo y, se hallará un hombre, con tal que sea pensador en absoluto, para quien el advenimiento del Socialismo es inseparable de una revolución sanguinaria, con su concomitante, el "Hombre a Caballo" (el Dictador).

— Daniel De León (1901)

Primera Edición en Español
[Noviembre, diciembre]

Impreso en los Estados Unidos de N. América.

P R E F A C I O

Había poco que indicara que la fecha del día 10 de julio de 1905, fuera destinada a ser famosa en los anales de la literatura revolucionaria. Sin embargo, en aquel día, Daniel De León, lingüista, autoridad de derecho constitucional e internacional, hombre de ciencia social, sobresaliente economista marxiano, conferenciante, redactor, fundador del unionismo revolucionario de la clase trabajadora en América, y primer protagonista de la emancipación del proletariado, pronunció el ahora famoso discurso— titulado entonces "El Preámbulo del I. W. W. [Trabajadores Industriales del Mundo]", título cambiado después a "La Reconstrucción Socialista de la Sociedad" — el presente folleto ante el lector. El discurso fué pronunciado en Minneapolis, Minn., durante el viaje de conferencias que emprendió De León después de la convención del I. W. W. que ocurrió en Chicago. Pocos de los que asistieron a la conferencia se dieron cuenta de la importancia de la ocasión. Pocos recuerdan ahora algún incidente particular con respecto al discurso. Pero este discurso pronunciado por el sobresaliente Socialista de América fué publicado subsiguientemente en forma de folleto, en ediciones tan numerosas que la enumeración de ellas se ha perdido, y reimpressiones aún todavía están en demanda, y, como dijo el difunto Henry Kuhn, anteriormente Secretario Nacional del Partido Obrero Socialista, en el prefacio de la edición especial del Vigésimo-Quinto Aniversario, "es... indudable que sigamos viendo la publicación de edición tras edición en números siempre crecientes."

El discurso de De León sobre el Preámbulo del I. W. W. se ha hecho notable. Ha inspirado e instruido a millares de trabajadores, así como ha enfurecido a los enemigos del movimiento de la clase obrera revolucionaria. Sin embargo,

no es éste el lugar para registrar la historia de la lucha de De León contra la oposición a la idea de la Unión Industrial. Esa historia, cuando sea escrita, revelará a De León como un solo Titán, luchando por un gran principio, circundado por una perrada de ladradores caninos humanos, a quien todos temían, y quienes, no obstante ansiaban hundirle los colmillos en el costado y, si posible fuera, hacerle tropezar y despedazarle. Obviamente, fracasaron pero aunque no pudieron vencerle, si pudieron, y siguieron, con los gruñidos, mofas, mentiras y falsedades absurdas.

Un espléndido ejemplo de estas mofas y falsedades se encuentra en la autobiografía de Wm. D. Haywood ("El Libro de Guillermo Haywood, 1929). Los siguientes renglones se citan como los más distintivos:

De León [dijo Haywood] había perdido [en 1913 más o menos] el poco conocimiento que tenía del unionismo industrial.

De León, el padre del Unionismo Industrial, reconocido como tal por todos los reflexivos e informados trabajadores y estudiantes del moderno movimiento obrero, incluyendo Nikolsi Lenin, tenía solamente "poco conocimiento" del Unionismo Industrial — y este "poco" — ¡Ay, lo perdió! Que ésto ni era el original ni el honrado presupuesto de Haywood de la contribución profunda que hizo De León a la ciencia social, afortunadamente se puede comprobar. En una carta escrita a De León, fechada Denver, Colorado, noviembre 13, 1905, Haywood escribió en parte:

He leído y vuelto a leer su discurso pronunciado en Minneapolis sobre el Preámbulo de los Trabajadores Industriales del Mundo. Su exposición de los propósitos y objetos de los Trabajadores Industriales del Mundo es claro y convincente. Deseo que un ejemplar se pudiera poner en manos de todo hombre y mujer de la clase trabajadora de este país.

Contrástase esto con el gruñido citado de la autobiografía de Haywood, y comentarios se vuelven superfluos.

Al referirse a las fábulas misteriosas, esparcidas por las fuerzas del capitalismo, con respecto a la Rusia, suele hablarse de "las fábricas de mentiras" de Riga, Helsingfors,

etc. etc. "La fábrica de mentiras" que proporcionó el mayor número de estas fábulas misteriosas con respecto a De León, y que algunas veces eran secreteadas, algunas veces voceadas aquí, allá, y dondequiera para contrarrestar su influencia, y específicamente para desbaratar y destruir el no-anarquista, es decir, el Socialista I. W. W., era el así llamado Partido Socialista. La mordaz hostilidad personal de los politiqueros del Partido Socialista contra De León les hizo ir más allá de toda razón en su inútil e insensata oposición a él. El mismo Eugene V. Debs ha epitomado excelentemente esta oposición y una de sus principales causas. En el *WORKER [El Trabajador, diario de Nueva York]* (N. Y.) del 23 de julio de 1906, Debs dijo:

Puede ser que De León tenga malas intenciones para con el partido Socialista y espera hacer uso del I. W. W. como el medio de desbaratarlo para provecho del Partido Obrero Socialista, y si tiene éxito será porque sus enemigos en el partido Socialista (i. e.) los Sres. Ghent, Berger, Hillquit, Spargo, et. al., en su mordaz hostilidad personal hacia él, son dirigidos a oponer — al revolucionario I. W. W. y a apoyar el reaccionario A. F. de L. (Confederación Obrera Americana)...

De otro caústico antagonista de De León tenemos testimonio semejante. Vincent St. John, uno de los jefes del golpe anarco-sindicalista ("Holgazanería") de 1903, dijo en la ocasión del "asunto de Sherman" en 1906:

Es mi opinión que ellos [los de Sherman] por falta de argumento con que sustentar un falso puesto, esperan causar el prejuicio que existe contra De León y el Partido Obrero Socialista para cegarles a muchos el conocimiento del verdadero estado de las condiciones, un prejuicio del cual me confieso delincuente de haber tenido, pero el cual no puede justificarse al investigarlo, un prejuicio que existe contra esta organización y contra este hombre porque ella y él, catorce años atrás se mantuvieron firmes en el puesto que ahora tomamos nosotros, luchando contra concusionarios y traidores, por lo que ellos han pasado a duras penas al ser columniados y difamados. Esto no es para elogiar a De León ni al S. L. P. (Partido Obrero Socialista) — Es mi decisión.

Las tácticas que St. John les atribuyó a los seguidores de Sherman iban a ser empleadas por él mismo menos de dos años después. Y estas tácticas fueron empleadas por cada

antagonista de De León que se enredaba con su lógica invencible, sus firmes convicciones, y con la pureza de su propósito. Lo que dijo St. John en 1906 podría haberse atribuido con igual justicia a las calumnias y a las acciones vengativas cometidas por él y sus asociados contra De León en 1908 y después.

Nunca se ha hecho ninguna censura seria de "La Reconstrucción Socialista de la Sociedad". Permanece hoy como monumento de la ciencia Socialista, del claro y sano raciocinio — y como terrible acusación del capitalismo con toda la espantosa crueldad y la brutalidad de la centuria vigésima. Se han hecho ensayos ridículos e imbéciles para hallar defectos en esta obra maestra, y por ejemplo un caso típico es aquel del luminar del Partido Socialista quien ahora es el redactor-en-jefe del órgano semanal del Partido Socialista en Nueva York. Este caballero ofrece esta imbecilidad como una "crítica" sobre el argumento de De León en "La Reconstrucción Socialista de la Sociedad" que el Estado Político debe ser conquistado únicamente para ser destruido:

La acción política no es rechazada completamente [en "La Reconstrucción Socialista de la Sociedad"], pero entre el abandono del poder político después de haberlo ganado y el rehusar a luchar por él, en primer lugar, hay poca diferencia.

He aquí cómo De León dispuso de este imbécil ensayo de crítica:

Esto es un exquisito trozo de dialéctica. Según dicha lógica —el haber demolido la Bastilla, después de haberla capturado, tiene poca diferencia con haber rehusado capturarla, en primer lugar; o —

El haber desbandado las tropas federales, después de haber derrotado la secesión, tiene poca diferencia con el haber rehusado reunir las tropas federales en primer lugar; o —

El abandonar las muletas, después de que haya recobrado el uso de sus piernas, tiene poca diferencia con haber rehusado usar las muletas en primer lugar.

El folleto del Sr. O'Neal debe leerse. Es un trabuco dialéctico disparado contra el S. L. P. (Partido Obrero Socialista), un trabuco que "patea" al que dispara el trabuco.

El I. W. W. lanzado en 1905 bajo circunstancias tan auspiciosas, ha sido arruinado, ruina debida al abandono de la

cláusula política y la adopción del anarco-sindicalismo, exactamente como lo fué pronosticado por De León. Pero el principio de la Unión Industrial formulada por De León y abogada por el S. L. P. es tan sano ahora y más aplicable de lo que era en 1905. La verdadera naturaleza del Estado Político — su carácter anticuado, su naturaleza de clase capitalista, su incompetencia como instrumento de gobierno en una sociedad industrial sumamente desarrollada — va volviéndose más y más visiblemente intrusa. El Gobierno Industrial de, por y para los trabajadores, basado en la propiedad colectiva y cooperativa de todos los medios sociales necesarios para la producción, está a punto de entrar en la escena de la historia. Si el advenimiento de esta nueva forma de gobierno se acelera por décadas, si el periodo de transición no viene atendido por caos alguno ni violentos levantamientos, si pronto nace el sol bendito de la libertad económica y al ponerse deja una feliz raza gozando de la paz y de la abundancia, se deberá en gran parte a las incansables y noblemente sacrificantes faenas de Daniel De León. Y de todas sus grandes obras literarias tenemos la seguridad de que ninguna de ellas recibirá la suma valuación por la posteridad como "La Reconstrucción Socialista de la Sociedad."

ARNOLD PETERSEN

Nueva York, septiembre 1930.

LA PRIMERA CLAUSULA

cláusula cardinal. ¿Dice la verdad? ¿Dice una falsedad? ¿Es cierto que la condición de la clase trabajadora es una de hambre y carencia? O ¿es la declaración contraria, que se oye tan frecuentemente, la correcta? Sobre este asunto los hombres ocupados en la cuestión social están irreconciliablemente divididos. Profunda es la grieta que les separa. A un lado están aquellos quienes se reunieron, o quienes fueron representados, en Chicago. Ellos mantienen que la condición de la clase trabajadora es una de hambre, carencia y privación; que del mal en peor se está poniendo cada vez peor; que la exacción de despojos que pesa sobre ellos siempre va subiendo más; que no sólo ha disminuido la cuota relativa de la riqueza que ellos producen, sino que también la cantidad absoluta de la riqueza en que gozan va reduciéndose en cantidades siempre más pequeñas a manos de ellos. Ese es el puesto del Socialista. Al frente de ese puesto está el de nuestros adversarios de varios géneros — desde el franco capitalista hasta el del A. F. de L. (Confederación Obrera Americana). Ellos aseguran que la condición de la clase trabajadora es una de bienestar; ellos sostienen que de bueno se va de mejor siempre a mejor; ellos mantienen que la cantidad de riqueza de la que goza el trabajador y la parte relativa de la riqueza que él produce, ambas van aumentando; algunos de ellos, como el órgano inglés de la Corporación neoyorquina *Volkszeitung*, el *Worker* (el Trabajador) del 5 de febrero de este año (1905) llegan a tal punto con el asalto del puesto Socialista hasta declarar que es una "Exageración disparatada" la denuncia que "el sistema capitalista le roba a la clase trabajadora cuatro quintos de todo lo que esa clase produce." Los dos puestos son irreconciliables. Si esto sea la verdad, o si bien sea aproximadamente verdad, entonces las otras dos cláusulas del Preámbulo que estoy tomando en consideración, sí, hasta el Preámbulo mismo, juntamente con todo el trabajo entero de la convención de Chicago, se desbaratará como el tejido sin fundamento de una pesadilla: inversamente, si el prime-

Trabajadores y Trabajadoras de Minneapolis:

Nuestro presidente no exageró el caso cuando dijo que la convención de los Industrialistas, que terminó sus sesiones antier en Chicago después de dos semanas de áridas labores, señala una época en los anales del movimiento obrero de América. Debo añadir, aunque sus palabras tienen el mismo significado, que la convención de Chicago señala también un punto decisivo en la historia del país.

¿Qué se hizo allí? Podrán obtener una idea aproximada, una sugestión, por la declaración pública —el Preámbulo de la Constitución— adoptada por la Convención.

El documento es breve; haré esa brevedad más breve aún con escoger solamente tres de sus cláusulas, las cláusulas que considero de más importancia, y por medio de cuyo punto de vista, la significación, no tan sólo de todas las demás, no tan sólo del documento mismo, sino que también del movimiento que lo pronunció se pueda apreciar, medir y comprender.

Las tres cláusulas son estas [leyendo]:

No puede haber paz mientras que el hambre y la carencia se encuentren entre millones de gente trabajadora y los pocos, de quienes se compone la clase que emplea, tienen todo lo bueno para la vida.

La segunda cláusula declara [leyendo]:

La clase trabajadora y la clase que emplea no tienen nada en común.

Finalmente, pero no de menor importancia, la tercera cláusula es como sigue [leyendo]:

Entre estas dos clases la lucha tiene que continuar hasta que todas las trabajadoras se unan en el campo político, así como también en el campo industrial, y usgan y se apoderen de aquello que ellos producen con su trabajo por medio de una organización económica de la clase trabajadora sin ninguna afiliación con partido político alguno.

Propongo tratar con Uds. estas tres cláusulas siguiendo el orden en que los he leído. Yo considero a

ro, si el puesto del Socialista es cierto, entonces todas las demás son conclusiones que no se pueden escapar, y la convención de Chicago será construída en una base sólida. Por consiguiente todo se concentra en esta primera cláusula. ¿Es cierta? ¿Es falsa? Veremos.

[Aquí el interlocutor volteó hacia un cartel grande amarillo, clavado con tachuelas en un pisarrón y mostrado conspicuamente en la plataforma a su derecha.]

Permítanme presentarles a ustedes este documento. Lo hallarán interesante de un modo provocativo. Lleva por título, como ven, "El Avanzo del Tío Sam". Como observan, está cubierto de cifras. No se alarmen por ellas. Para mi propósito, no necesitaré más que dos de estas columnas, las últimas dos. No he omitido las otras, para no exponerme a la acusación de que estoy presentando un "pervertido documento". Este cartel tiene por objeto, dar una presentación convincente, estadística y gráficamente a la misma vez, del progreso en la afluencia realizado por la gente de este país. Permítanme presentarles este documento más detalladamente. Las columnas de cifras que ven no fueron recogidas por mí; no fueron recogidas por ningún Socialista; absolutamente lo contrario. Este documento fué publicado o puesto en circulación por el Comité Nacional del partido Republicano durante la campaña presidencial del año pasado. Viendo, además, que en esta primera columna están citadas las sucesivas administraciones, Democrática y Republicana, que dirigieron el destino de la nación durante los últimos cincuenta años, es justo reflexionar que la presentación estadística, si también gráfica, de las condiciones trazadas en este lienzo, es el producto en común de ambos partidos gobernantes. Me preguntarán porqué les exhibo las cifras del enemigo; por qué no exhibirles las mías. Les diré por qué. Si digo, "Fulano de tal es un ladrón", la acusación puede como no ser creída: Tendré que comprobarla. Pero si Fulano de tal mismo dice que él es un ladrón, entonces me salvo de la molestia más allá. [Aplauso.] Es un principio fundamental de la ley de evidencia que el testimonio

de un hombre contra sí mismo es la mejor prueba posible. [Aplauso.] Al poner ese cartel ante Uds., he puesto de testigos a los mayores interlocutores de la clase capitalista. No pueden contradecir sus propias palabras. [Aplauso.] Propongo hacerlos condenarse a sí mismos. [Aplauso.] Les suplico sinceramente que desistan de aplaudir. El calor es intenso en este salón con tan vasto auditorio. Deberemos todos estar deseosos de salir de aquí lo más pronto posible. Estas frecuentes interrupciones por aplausos solamente dilatan la hora de nuestra liberación. — Hay algo más en este documento que quiero presentarles antes de considerar las cifras. Como dije, el documento intenta ser una representación gráfica así como también estadística de los asuntos. Permítanme llamarles la atención a este cuadro a la izquierda al extremo del cartel. Notarán que es el Tío Sam — pero ¡qué flaco, qué hambriento, qué pobre, qué raído, qué áspero se ve! Esto se supone representa el país en sus principios. Ahora vean este otro cuadro a la derecha al extremo del cartel. Notarán por la perilla y otras prendas que todavía es el Tío Sam — pero ¡qué cambiado está! Su ropa ya no es haraposa; debe ser de buen género porque no se revienta a pesar de estar tan ceñido. [Risa.] Tiene un aspecto alegre y garboso; juzgando por eso, desde el cabo del sombrero, el giro de la pluma que le corona, y el centelleo del ojo, probablemente anda de parranda, achispado — la cara resplandeciente con el óleo de la satisfacción. Ese cuadro se supone simboliza el país de hoy. Ahora averigüemos quién es este Tío Sam — el hombre trabajador o el haragán, el capitalista. Las cifras nos dirán exactamente.

El encabezamiento de la primera columna es "El Producto de la Fabricación." Da, de década en década, el valor de la mercancía fabricada en el país, desde 1860 hasta 1900. No leeré las cifras detalladamente; serían muy molestas para llevarlas en la mente. Ni es eso necesario. Las mencionaré solamente en números redondos.

Para la década de 1860 el valor de los productos fabricados ascendió hasta casi \$2,000,000,000 en suma total.

Para la década de 1870 ascendió a más de \$4,000,000,000.
Para la siguiente década, 1880, ascendió a más de \$5,000,000,000.

Para la subsiguiente década, 1890, era más de \$9,000,000,000.

Finalmente, para la década de 1900, el valor de los productos fabricados fué más de \$13,000,000,000.*

Esto es una magnífica progresión, como lo notarán. De casi \$2,000,000,000 en 1860, la riqueza producida por los trabajadores ascendió constantemente, hasta que en 1900 llegó al gigantesco guarismo de casi siete veces más esa suma — \$13,000,000,000! Esto, sin duda, indica un vasto ascenso de riqueza con un correspondiente aumento potencial de bienestar. Bueno hasta aquí. Pero prevénganse a tiempo. La existencia de algo bueno no es evidencia de que esté disfrutando ello la clase trabajadora. Aquí mismo debo suplicarles que se preparen para reflexionar. Tomaré un ejemplo. Supóngase que diga que en este salón, con las mil personas, se encontraran \$10,000. Ese único hecho no indica cómo están distribuidos esos \$10,000. Puede ser que, por término medio, cada uno tenga unos \$10. Puede ser también que de esos \$10,000 yo sólo tenga \$9,999.99 en el bolsillo, en tal caso únicamente un solo centavo quedaría para andar rodando en los bolsillos de la demás gente de este salón. Esta primera columna del cartel nos da a conocer el valor de la mercancía que se produjo. No nos dice cómo está distribuida esa riqueza. Solamente nos da una idea de la creciente magnitud de la productividad de la clase trabajadora. En cuanto a la distribución, es a la columna adyacente que debemos ver; y ahora prepárense para aquello excitativo e interesante que les prometí.

La siguiente columna lleva el título "Jornales Pagados".

*Las cifras exactas son:

En 1860 — \$1,865,861,676.

En 1870 — \$4,232,325,442.

En 1880 — \$5,369,579,191.

En 1890 — \$9,372,437,283.

En 1900 — \$13,039,279,566.

Aquí también las cantidades están sumadas por década en década. Las leeré ligeramente, otra vez en números redondos.

En la década de 1860, el total de los jornales que se le pagaron al trabajador fueron más de \$300,000,000.

En la siguiente década, 1870, el total de los jornales ascendió a \$400,000,000 — fueron más de \$700,000,000.

En la década de 1880, subieron por unos \$200,000,000 más, y ascendieron a más de \$900,000,000.

En 1890 el aumento del total de los jornales que se pagaron fué doble. Los jornales que se le pagaron el trabajador fueron más de \$1,800,000,000.

Finalmente, en 1900, los jornales fueron más de \$2,300,000,000, ó \$500,000,000 más de lo que fueron en 1890.*

Si le damos una mirada rápida a esta columna de los jornales, es evidente su propósito. La manera en que están colocadas las cifras tienen la intención de comunicar dos ideas — primero, que la cuota para un solo trabajador es enorme; en segundo lugar, que su ascensión hacia la afluencia es constante y aún más enorme todavía. Se espera que cuando a un trabajador se le dice o lo ve, por escrito, que en 1860 su clase recibió el gigantesco pago de más de \$300,000,000, él está seguro que tiene una porción grande de esa cantidad. Se tiene por objeto que la grandeza del total obre como opiato para la febril estrechez de su bolsillo. Y cuando, por escrito, ese total inicial se ve crecer doblemente, de una década a otra, hasta que llegue a la altura vertiginosa que alcanzó en 1900, entonces se espera que esté tan aturrido y enturbiado que no sabe si está de pie o de cabeza, y está completamente incapaz de raciocinar. La gigantesca riqueza, que se supone es de él, absolutamente le enloquece. Ahora veamos estas cifras con más cuidado. Desde

*Las cifras exactas son:

En 1860 — \$378,878,986.

En 1870 — \$775,584,343.

En 1880 — \$947,953,795.

En 1890 — \$1,891,228,321.

En 1900 — \$2,330,578,010.

aquí en adelante hasta que termine con este cartel, les suplico que pongan esmerada atención.

Siempre que se les presenten a ustedes cifras de jornales, deben someterlas a dos pruebas. Hasta que no lo hayan hecho no les comunicarán las cifras ningunos informes prácticos. Propongo con ustedes someter esta columna de los jornales a las dos pruebas que tengo en la mente.

La primera prueba es para determinar el tamaño relativo, o el porcentaje, que los jornales tienen a la suma de la riqueza producida. La prueba es fácil. Es necesario solamente hacer un simple cálculo aritmético. Cualquier niño de catorce años podría hacer la suma. Apliquemos la prueba.

El cartel nos dice que en la década de 1860 los jornales que se pagaron fueron más de \$300,000,000. También nos dice que la riqueza producida por el trabajo durante ese mismo período fué casi \$2,000,000,000. Aplicándoles a los dos completos grupos de cifras ese cálculo aritmético, determinamos que los jornales fueron el veinte por ciento de la riqueza producida. Ahora ya poseemos un hecho. No es un hecho muy alegre, pero es útil el saberlo. Es el primer hecho que da informes prácticos. Por medio de su luz la enorme suma total de jornales de más de \$300,000,000 se minora a sus verdaderas dimensiones sociales. Ahora sabemos, por las cifras presentadas por el cartel mismo, que en 1860, de cada \$100 que él produjo, el trabajador recibió únicamente \$20; al quien más recibió \$60; por ello sabemos que en 1860 el trabajador fué despojado de \$80 por cada \$100 de riqueza que produjo. Inmediatamente se nos viene a la mente una sospecha de quién podrá ser este gordo y festivo Tío Sam. Pero apagamos la sospecha; el veinte por ciento del producto de uno no es mucho; verdaderamente, es muy poco; pero recordamos que esto es nada más que el principio, y que las remontantes cifras prometen progreso. Animados por esta esperanza, proseguimos a poner a prueba la próxima década.

Aplicando el mismo cálculo aritmético a las cifras citadas en el cartel para la década de 1870, otra vez determinamos

el porcentaje de la porción que le toca al trabajador — la relación que hay entre el crecido jornal total y la crecida producción total.

Lo que descubrimos ahí les da tal sacudimiento a los nervios que el lápiz casi se nos cae de las manos. Recuerden que en la previa década la parte que le tocaba al trabajador era el veinte por ciento; recuerden también que nos prometieron progreso. La expectativa que comenzó con la promesa justificó la esperanza que ganáramos a lo menos un por ciento más. ¡Vana esperanza! La porción que le toca al trabajador, como lo manifestó la prueba proporcionada por el cartel mismo, es — ¡dieciocho por ciento! Raro progreso, éste. El mismo progreso que hace la cola de la vaca — hacia abajo. En 1860, la cuota del trabajador era \$20 de cada \$100 de riqueza que producía; en 1870, descubrimos que su cuota se ha reducido al dieciocho por ciento. En 1860, el botín que se les exigió a los trabajadores fué \$80 de cada \$100; en 1870, el botín, divulgado por las cifras que proporciona el cartel mismo, es \$82 de cada \$100 de riqueza producida por el trabajador. La sospecha se aviva, aquella que empezó en nuestras mentes por las revelaciones de 1860 de quién podrá ser este corpulento y lozano Tío Sam. [Aplauso.] Pero otra vez la suprimimos. Nuestras esperanzas se sostienen al reflexionar que muchos infantes, en vez de desarrollarse inmediatamente, les atacan la tosferina, el sarampión y la bronquitis, y decaen, pero sólo temporáneamente; recobran las fuerzas pronto, y luego crecen fuertes y sanos sin interrupción. Tal debía haber sido el caso de nosotros en 1870. Animados por estas reflexiones nos vamos apresuradamente a la siguiente década.

Otra vez aplicamos ese simple cálculo aritmético, ahora a las cifras de los jornales pagados y de la riqueza producida en la década de 1880. El porcentaje trazado por nuestro lápiz parece absurdo. Debemos haber hecho un error. Hacemos la suma una vez más. Ningún error. La cuota del trabajador en 1880 es menos que el veinte por ciento de lo que fué en 1860; es menos que el dieciocho por ciento de

lo que fué en 1870. ¡Ahora es el diecisiete por ciento! Llegados a este punto, ya no podemos suprimir más la sospecha de quién será este rotundo y jovial Tío Sam. [Risa y aplauso.] Sin embargo, todavía no nos desanimamos. Aún recordando la promesa presentada por el cartel con respecto a nuestra afluencia progresiva proseguimos a la siguiente década.

Se hace el mismo cálculo aritmético. Computamos la relación proporcional de los jornales que se pagaron en 1890 y la riqueza producida en esa década. ¡He aquí, una sorpresa! El descenso ha parado, el porcentaje de la cuota del trabajador en 1890 ha subido más que el porcentaje de 1880; ha subido más que el porcentaje de 1870; ahora es otra vez el veinte por ciento como lo fué en 1860. Agradecidos por pequeños favores, reflexionamos. Habiendo esperado otro descenso la agradable sorpresa casi nos hace felices. Sin embargo, deseamos saber de dónde aparece ese "progreso". Las cifras proporcionadas por el cartel mismo revelan que estamos en 1890 justamente donde nos quedamos al empezar en 1860. Después de treinta años de ardua labor; después de treinta años, durante cuyo tiempo el suelo estaba literalmente empapado con el sudor, la sangre y el tuétano del hombre trabajador; después de treinta años durante cual tiempo la clase trabajadora americana produjo más herederos por pulgada cuadrada que ninguna otra clase trabajadora de cualquier otro país, para comprarse hidalgos europeos para esposos; al fin de treinta años durante cual tiempo la clase trabajadora, como lo demuestra este cartel mismo, produjo una fenomenal cantidad de riqueza — a fines de estos treinta años la clase trabajadora americana está exactamente en donde estaba hace treinta años, el infeliz tenedor de ¡sólo \$20 por cada \$100 de abundancia que produjo! Esto es un progreso que no vale la pena fanfarronear. Es el conservatismo de la miseria. Sin embargo, la esperanza vive eternamente en el pecho humano. Tal vez los años largos y magros al fin se hayan terminado. Tal vez un día más brillante está para amanecer pronto, y

de repente tenemos que compensarnos por la pérdida de tiempo para que nos parezcamos en 1900 a este afluente, bien alimentado, bien vestido, jovial Tío Sam quien, según el cartel, simboliza el trabajador. Pues bien, aplicamos la prueba a las cifras de 1900, las últimas que nos da el cartel. Acudimos al mismo cálculo aritmético. ¡Pobres de nosotros! Nuestras esperanzas son destruidas. El porcentaje de la cuota que le toca al trabajador se viene abajo ¡pum! ¡Es tan bajo como siempre lo había sido — diecisiete por ciento! El ascenso temporáneo de 1890 era sólo la luz vacilante en los ojos de un hombre moribundo — el precursor del derrumbamiento.

La mentira que se trató de atribuirse al Socialista relativo al despojo ultrajoso bajo el cual, afirma él, la clase trabajadora está sujeta por la clase capitalista, se la traga el que la dice. Aunque tomando en cuenta el valor de la materia prima importada a cual el trabajador de otros países le ha dado valor, hasta tomando en amplia cuenta todo lo que se debiera tomar en cuenta, las cifras a cuales atestiguan este cartel establecen la conclusión que la pitanza de un quinto de su producto es un cálculo libre de la porción que se le permite a la clase trabajadora retener. La primera de las dos pruebas, a cuales estas cifras de "Jornales Pagados" se deben someter, dispersa su aureola; expone una buena porción de la espantosa realidad pura; señala la conclusión, que no es este robusto Tío Sam, sino que ese miserable ser al otro extremo del cartel el que simboliza el trabajador americano. La segunda prueba establecerá el hecho fuera de duda.

Repararé una vez más las cifras de esta columna de "Jornales Pagados" para refrescarles la memoria. Los jornales que se pagaron en las industrias manufactureras se citan aquí como

Más de \$300,000,000 en 1860;
Más de \$700,000,000 en 1870;
Más de \$900,000,000 en 1880;
Más de \$1,800,000,000 en 1890; y
Más de \$2,300,000,000 en 1900.

El propósito de tal representación de la dirección que siguen los jornales es obvio. La intención es de comunicar la idea que la condición del trabajador individual se mejora; que se ha mejorado excesivamente. La presentación de cifras en esa manera tiene por objeto dar la idea que el salario o sueldo del trabajador individual ha crecido — y de dar la idea abrumadoramente. Les comprobaré a Uds. por la actitud de este testigo, a quien tengo aquí ante Uds., que lo que él se propone hacer es enunciar un juicio instantáneo basado en informes imperfectos; que comete el delito de la decepción en su forma pésima que consiste en decir media verdad y de suprimir la otra mitad; en suma, que es él un estafador.

Piensen Uds. pues, seriamente. ¿Es el hecho de que en 1860 el total de los jornales ascendió a \$300,000,000 y que en 1900 el total subió a \$2,000,000,000 más — es este hecho suficiente para justificar conclusión alguna en cuanto a la mejora de las condiciones del trabajador? Permítanme ejemplificar con un caso más sencillo. Supóngase que diga que el mes pasado pagué \$10 de jornales, y que en este mes estoy pagando \$20. Ahora estoy pagando doble la cantidad de jornales que pagué el mes pasado. ¿Quiere decir eso que mis empleados están ganando el doble de los jornales que ganaron el mes pasado? Puede ser que sí — puede ser que no. Ya sea que sí o que no, eso depende no sólo del aumento total de los jornales que se pagaron; depende también de algo más. ¿Qué es aquello más? Obviamente, el número de hombres que empleé el mes pasado, y el número que empleo este mes. Si el mes pasado empleé únicamente dos hombres, eso significaría que sus jornales por término medio serían \$5 por persona; sin embargo, si este mes estoy empleando diez hombres, entonces, aunque la suma total que ahora estoy pagando en jornales es doble, los sueldos de mis hombres se habrán rebajado más de cincuenta por ciento. [Aplauso.] La paga total puede ascender a la altura de una montaña, y con todo eso, el jornal individual puede descender perpendicularmente. [Aplauso.] Llevemos ahora esta co-

lumna de cifras ofuscantes, sueldos pagados a la piedra de toque del principio que acabo de dilucidar. Lo primero perceptible es la falta absoluta en este, o en cualquiera de las otras columnas del cartel, de alguna declaración con respecto al número de hombres entre quienes estas sucesivas cifras grandiosas se tienen que compartir. Ninguna declaración del número de personas en 1860; ninguna declaración del número de personas en 1870; ninguna declaración del número de personas en 1880; ninguna declaración del número de personas en 1890; ninguna declaración del número de personas en 1900. El testigo ante el tribunal está escabulléndose; está mintiendo; se está perjurando a sí mismo. [Aplauso.] No necesitaríamos más que eso para saber qué hacer con su caso. Sin embargo, no propongo condenarlo implícitamente; propongo condenarlo explícitamente.

El censo, proporcionado por los agentes de la misma clase que formuló este cartel, nos informa que, en 1870, 2,053,966 trabajadores estaban empleados en industrias manufactureras. Los jornales que se les pagaron, según este cartel, fueron \$775,584,343. Dividiendo esa cantidad por el número total de trabajadores a quienes se les pagaron esos jornales obtenemos el cociente de \$377 siendo el promedio de los jornales anuales para esa década. Marquen bien ese punto importante.

En la próxima década, 1880, cuando la suma total de jornales manifestada por este cartel era \$947,953,795, habien según el censo 2,732,595 de trabajadores empleados en la manufactura. Dividiendo esa gran suma total de jornales por esta cifra obtendremos el promedio de los jornales que se pagaron entonces, y por ello también una idea de cómo eran las condiciones de los trabajadores. El cociente que se obtiene es \$346 — ¡\$31 *menos de lo que fueron antes!* Aunque la suma total de los jornales había ascendido como unos \$200,000,000 durante los diez años pasados, los sueldos individuales ¡*bajaron* \$31!

Proseguimos a la siguiente, la década de 1890. Para ese período el cartel manifiesta que el total de los jornales que

se pagaron fué \$1,891,228,321. El censo nos informa que esa cantidad debe haber sido distribuida entre 4,251,535 de trabajadores. Otra vez dividiendo la suma total de los jornales que se les pagaron obtenemos \$445 el promedio de los jornales. Esto denota un ascenso. Lo que valen estos ascensos, que se desvanecen como la neblina ante el sol, que son una artimaña y un embaimiento, en verdad un fraude — ya les aclararé eso. Por lo pronto, manteniéndonos al lado de la presente investigación, lo consideraremos una ganancia absoluta. Así considerándolo, es legítimo formar un contraste entre lo que ganaron los trabajadores y la ganancia absoluta de la clase que ya sabemos es representada por este gordo Tío Sam. Después de veinte años de tales afanes que no es necesario describírselos, vemos que los jornales del trabajador de término medio ascendieron a la cantidad vertiginosa de \$68 al año, o sean diecinueve centavos más al día, mientras que la clase pequeña a la que representa aquí este jovial individuo — este rotundo Tío Sam — progresó durante ese mismo período al son de la moderada cifra de sólo \$3,228,883,529 — y no habían cuatro millones de ellos para dividir entre sí “esa poquita de fruta caída del árbol.” [Aplauso.]

Proseguimos a la próxima y última década, la década de 1900, cuando, según este cartel, el total de los jornales que se pagaron fué \$2,330,578,010, y, según el censo, habían 5,306,143 de trabajadores empleados en industrias manufactureras. Dividiendo la primera cifra por la última obtenemos el promedio de los jornales que recibieron los trabajadores. Era \$439 — ¡\$6 menos de lo que fueron en 1890! Noten ustedes — ¡a pesar de que la suma total de jornales había *aumentado* por unos \$439,349,689, el jornal verdadero del trabajador de término medio disminuyó \$6!

Dije hace un minuto que el promedio del aumento de los jornales acreditado al trabajador individual eran “aumentos de publicidad” y prometí comprobárselos. Pues bien proseguiré en hacerlo. Como hemos visto, los jornales disminuyeron \$6 entre los años de 1890 y 1900. Sin embargo, en

realidad las cifras dicen que desde 1870 a 1900 hay un ascenso de \$62 al año en el jornal promedio. Aunque pudiera perdurar esta miserable cifra sería una mofa. Aún hay un solo paso de lo trágico a lo ridículo. Les comprobaré que hasta ese miserable aumento de \$62 se disminuye a los proverbiales “treinta centavos”. [Risa.] El tema del argumento que ahora tomaré bajo discusión no es más que una subdivisión de esa segunda prueba a la que he estado sometiendo esta columna de “Jornales Pagados,” y que la ha frustrado. La prueba secundaria a que la someteré ahora destrozará los fragmentos que queden. Debo explicarles que no dejen de reflexionar. Necesitarán hacerlo.

Vieron cuan engañosos, por ser insuficientes, fueron todas las comparaciones de los jornales que se pagaron en las diferentes épocas, sin la declaración simultánea del número de trabajadores, entre quienes fueron distribuidos los jornales durante los respectivos períodos. Ahora les comprobaré de qué manera son engañosas también tales comparaciones de jornales que se pagaron en diferentes épocas, hasta con el número idéntico de trabajadores, y que se dieron “con el designio de engañar”, a no ser que se consideren otros factores.

Permitanme principiar el argumento sobre este punto con una ilustración. Digamos que el año pasado mi jornal era \$1 y que este año mi jornal es \$1.25. ¿Es el mero hecho de que estoy recibiendo en efectivo veinticinco centavos más de lo que recibía el año pasado motivo suficiente para decidir que este año he mejorado por veinticinco centavos de riqueza? Permitanme ayudarles a contestar esa pregunta con una ilustración más. Supóngase que el año pasado, cuando mi jornal era cien centavos, lo que costaba mantenerme — alquiler, alimento, ropa, lo absolutamente necesario para la vida — era noventa y nueve centavos. ¿Qué resultaría? El resultado sería que me sobraría un centavo en exceso de lo que necesito para la vida. Podría ponerlo en la caja de ahorros [risa], o emplearlo en acciones [risa] como dicen que lo hacen los trabajadores extensivamente. [Risa.] Pero

supóngase nuevamente que ahora, que mi jornal es de ciento veinticinco centavos, lo que le cuesta a uno mantenerse ha subido hasta llegar a ciento veintiséis centavos. ¿Cuál es el resultado? El resultado es que estoy quebrado. [Risa y aplauso.] Ya ven el punto en cuestión. El que nos dice que nuestros jornales han ascendido sin decir cómo se está conduciendo el costo de la vida — tal hombre trata de comernos un fraude. Eso, otra vez, es el caso con el testigo a quien tengo clavado en este pizarrón. Sobre ese tema también permanece tan silencioso como la tumba. Sin embargo, su silencio no debe dejarme en un apuro irremediable. A él no lo necesito. Con el consentimiento de Uds., los convertiré en columnas estadísticas. Les suplico a todos ustedes, incluyendo a las mujeres, que ciertamente saben mucho de este asunto — todos ustedes quienes han experimentado que el costo de vivir es menos ahora de lo que fué hace veinte o diez años pasados, que levanten la mano derecha. Le suplicaré al presidente de la junta que cuente las manos. [El presidente de la junta se puso en pie, revisó el auditorio, y presentó el informe, "No se ve ninguna mano."] Pues bien, les suplicaré a todos quienes han experimentado que el costo de vivir es ahora exactamente igual a lo que era hace veinte o diez años pasados, ni más bajo ni más alto. Si me hacen el favor de levantar la mano derecha, aquellos de ustedes quienes puedan atestiguar a eso. Otra vez le suplicaré al presidente de la junta que cuente las manos. [El presidente se puso en pie, revisó el auditorio y dió el informe, "No se ve ninguna mano."] Tomaré la tercera votación. Que levanten la mano derecha todas cuya experiencia es que el costo de vivir ha subido y ha subido perceptiblemente. [Todas las manos se levantan.] Sr. presidente de la junta, ¿me hace Ud. el favor de contarlas? [El presidente de la junta: "Hay tantas que no se pueden contar".] Desde el mar Atlántico, a través y más allá del río Misisipi, esa es la idéntica respuesta que por todas partes he recibido de los auditorios que estaban ante mí. Empezando con el alquiler, lo necesario para la vida ha subido

por todas partes. — ¡Allá va un gran trozo — la mayor parte, probablemente aún más — de aquel maravilloso aumento de \$62 de los jornales desde 1870! [Aplauso.]

Pues bien proseguiré en frustrar cualquier fracción que posiblemente todavía pueda quedar del "aumento." Han visto que el conocimiento del costo de vivir es indispensable para formarse una idea recta, es decir, si un aumento en los jornales signifique mejora en las condiciones. Han visto que puede haber un aumento en los jornales y sin embargo no haber mejora proporcional en las condiciones si el costo de vivir ha aumentado. Intimamente relacionado con el asunto del precio que se paga por la mercancía es el asunto de la calidad de la mercancía. Otra vez permitanme hacer una ilustración antes de emprender el tema mismo. Supóngase que hace veinte años pagué \$10 por un traje completo y que ese traje me duró dos años, digamos dos inviernos. Bien pues, supóngase otra vez que este año un traje, que parece ser tan bueno como el otro, me dura sólo un año, digamos un invierno. ¿Qué demuestra eso tocante al precio? Demuestra que, mientras que veinte años pasados un billete de banco de \$10 me surtió de ropa por dos años, ahora un billete de banco de \$10 me surte de ropa por solamente un año. En otras palabras, si no quiero andar harapiento el segundo año, la ropa que hace veinte años me costó solamente \$10, ahora me cuesta \$20. La conclusión que se deduce de este hecho es que "la deterioración" de la mercancía quiere decir "precio crecido". Al parecer el precio ha permanecido como era; en realidad subió.

Ahora bien, la extensión a que ha llegado la deterioración en ambos, alimento y ropa durante los veinte años pasados hace que pierda el equilibrio la imaginación. Los informes de las imitaciones producidas por las fábricas serían increíbles si no fuera que hay pruebas tan auténticas de ello. Esto es asunto de experiencia en general. Particularmente la señora de la casa es la conocedora de este hecho. Pregúntele hoy a cualquiera mujer de cincuenta años de edad y les podrá contar sobre el asunto cuentos tristes. A una señora

de casa de edad mayor a quien interrogué tocante el asunto, contestó así: "Cuando me casé y le compraba ropa interior a Enrique le duraba dos años, a veces más; ahora cuando compro cualesquiera ropa interior tengo que empezar a zurcirla desde la primera vez que se la pone." [Risa.]

Semejantemente sucede con la comida. No hay casi ningún artículo de comida, especialmente la comida que el trabajador puede comprar, que no esté adulterado, por lo consiguiente, que no haya deteriorado en calidad. Muchísimos ensayos están saliendo sobre el grado a que ha llegado esta perniciosa práctica. Estos ensayos hacen ver que la sanidad se socava por ella, aunque la vida no se acabe rápidamente con eso. Uno de estos ensayos de reciente fecha sostiene que las adulteraciones de la comida son directamente responsables de la muerte de más de 400,000 infantes al año; y demuestra que la enfermedad y la muerte de miles sobre miles de adultos proviene de la misma causa. Citaré otra obra de autoridad sobre este tema. Encontrarán en la página 132 del *Datos Congresionales*, bajo la fecha del 12 de diciembre el pasado, el siguiente pasaje. Es un pasaje pronunciado por el senador Stewart durante el debate sobre el proyecto de ley respecto a la comida [leyendo]:

No creo que la nación tenga una idea de la extensión de los venenos que se aplican a la comida que se vende y se come en este país. Creo que le está zopando la base a la constitución de nuestra gente. Si tuviéramos que reclutar soldados ahora como lo hicimos en 1861 no creo que en todo el país podríamos hallar el porcentaje de jóvenes capaces para el servicio duro como lo había en aquel tiempo.

La prueba del pudín, en esto como en todo lo demás, consiste siempre en comerlo. Si los jornales verdaderamente aumentan, y el costo de vivir no sube, y lo necesario para la vida — comida y ropa — no deteriora; si permanecen buenos o aún mejoran, ¿qué debe ser el resultado? Obviamente la gente que disfruta de ellos debe estar fuerte y sana; mientras vivan tendrán buena salud, y su vida será larga. Si, al contrario, las ganancias apenas aumentan y ese aumento es devorado por los altos precios y por la deteriora-

ción de lo necesario para la vida, como la comida y la ropa, eso por fuerza aparecerá en la condición de la clase que se afecta por ello. Si alguna vez están Uds. en Nueva York, den un paseo por la noche por la calle Forty-second, (Cuarenta y dos) o por la avenida Fifth (Quinta) en donde están situados los clubs de los partidos Republicano y Democrático, y de varias otras sociedades capitalistas. Deben haber semejantes clubs aquí en Minncapolis; se hallan en todas nuestras ciudades grandes, hasta en algunos pueblos manufactureros.

Asómense por las ventanas grandes de espejos altos a ver los suntuosos recintos. Verán cabelleras canosas en abundancia. ¿Será que estos caballeros han encanecido prematuramente? ¿Será que están pobremente alimentados y vestidos que se les ha emblanquecido el cabello? ¡No! Admito que su apariencia de ancianidad se debe en parte a su vida disipada, y sus secretos actos mormones. Sin embargo, han llegado a la vejez. Tal es la buena calidad de las mercancías que consumen que todas sus disipaciones y acciones inmorales no les evitan llegar a la vejez. Habiendo visto esa escena, pasen al barrio que habita la clase trabajadora, y entren al pasar a los lugares en donde se reúnen los trabajadores. Estén seguros de llevar consigo papel y lápiz. En ese papel escriban una tarja por cada cabeza encanecida que encuentren. Encontrarán realmente pocas que apuntar. Pues, vean a esta reunión de trabajadores. No hay casi ni una cabeza canosa entre ellos. En una reunión de medio el tamaño de ésta, pero de capitalistas, encontrarían numerosas cabezas canosas. Entre los trabajadores de vez en cuando se ven pocas. ¿Será porque los trabajadores están tan bien alimentados y tan bien vestidos que su cabello ha conservado su color hasta la vejez, y así ocultan los años que tienen? ¡Oh, no! Las cabezas canosas son pocas entre ellos porque a su cabello no le es dado la oportunidad de cambiar de color. Mucho antes de su tiempo, han bajado a la tumba tempranera, víctimas de la extrema faena, agravados por pequeñas ganancias, y esto a su

vez agravado por la adulteración de la mercancía que sus ganancias sólo pueden comprar. [Fuerte aplauso.] Un interesante detalle incidental sobre este tema es el informe oficial que le dió recientemente a su gobierno el Cónsul británico en Chicago. Hablando particularmente de los maquinistas, él dijo que en los Estados Unidos si un maquinista de cuarenta y dos años de edad no tiene trabajo, es difícil para él encontrar trabajo; y prosigue en explicar por qué no — dijo él, si el hombre ha trabajado tan arduamente como se lo espera, entonces ya está él acabado a los cuarenta y dos años; si no está acabado, entonces es una señal de que no trabajó tan arduamente como se lo esperaba, y así de ninguna manera lo necesitan. [Risa.] Deseo dar un fragmento más de testimonio bajo este punto antes de hacer el tema a un lado. El hombre a quien estoy en punto de citar no es un "agitador de teas"; aunque frecuentemente pronunciaba discursos, su tema nunca fué de lo que pudiera tentar al hombre a la exageración. Es Huxley, el pausado, afanador, exacto hombre de ciencia. Él dijo que cuatro quintos de la gente muere de lenta inanición. Podrá haber entre Uds. algunos que tengan inclinaciones estadísticas. Si hay tales, ellos habrán curioseado entre las estadísticas de la mortalidad proporcionadas por el censo y otras fuentes oficiales de información. Tales amigos de inclinaciones estadísticas dirán: "Pero, eso es una tontería; de vez en cuando un hombre o dos puede morir de hambre; pero cientos y miles de ellos, ¡imposible! He visto las estadísticas de la mortalidad; he visto la lista de enfermedades; hay la consunción, la pulmonía, toda clase de enfermedad; pero nunca vi la inanición registrada entre las causas de muerte." Gente con ese modo de pensar está en error; en error grave. Un hombre se puede estar muriendo de lenta inanición sin saberlo. Su estómago puede estar lleno; nunca habrá sentido las angustias del hambre; y aún se puede estar muriendo de lenta inanición. Si en el verano el hombre no anda apropiadamente vestido, está exhalando más calor de lo que puede soportar su sistema — se está muriendo de lenta inani-

ción; si en el invierno no anda bastantemente abrigado, está consumiendo más calor de lo que puede proporcionar su sistema — se está muriendo lentamente de hambre; su estómago puede estar repleto, puede imaginarse que está bien alimentado, pero si la materia en ese estómago, sea alimento adulterado, entonces los organismos que llevan la nutrición del estómago, y lo esparcen por todo el cuerpo, no encuentran nutrición que llevar, los tejidos que se consumen se reemplazan sólo parcialmente, *ese hombre se está muriendo de lenta inanición.* [Aplauso.] Ese hecho se le hace ver cuando ya es muy tarde; sí, hasta se le oculta a él y a sus amigos. Se resfría; una constitución robusta despediría la enfermedad sin dificultad; su constitución, sin embargo, no es robusta; su constitución por mucho tiempo ha sido agotada por la lenta inanición; la leve destemplanza lo lleva tan cerca a la enfermedad; se desarrolla en pulmonía; se muere; el médico da el informe que pulmonía fué la "causa de muerte" — *pero era la inanición.* [Aplauso.] Y así siguiendo el curso de la consunción, el reumatismo, el diabetes y la mayor parte de los males que abundantemente se le confiere a la clase trabajadora por los "jornales crecidos" que la clase capitalista profusamente le da a la clase trabajadora. Porque — nunca pierdan de vista esta realidad — es la misma clase capitalista la que regulariza los jornales, por un lado, y, por el otro, aumenta el costo de vivir y adultera la mercancía que se necesita para vivir, que, como vieron, es nada más otro modo de subir los precios.

Ya hemos acabado con el testigo. Por su propia boca queda condenado. La condición de la clase trabajadora se ha puesto de mal en peor. No es este Tío Sam gordiflón, sino aquel otro ser enflaquecido el que representa al trabajador del país. [Aplauso.]

Algunos dicen y yo soy uno de ellos, que el gremio o el puro y sencillo unionismo ha fomentado, sí, ha impelido estas condiciones miserables. Otros, lo sé, sostienen que el unionismo puro y simple o el unionismo de gremios no se debe considerar responsable, ellos sostienen que, al contrario, si

no fuera por el unionismo puro y simple, las condiciones estarían peores ahora. Aquéllos quienes tienen esta opinión mantienen que, en vez de ser vituperado, el unionismo puro y simple debe ser elogiado por lo que hace. Aún aceptando esto, el resumen más favorable posible del trabajo de ese puro y simple estado, resulta que el puro y simple estado es, a lo más, una agramadera que detiene el descenso de la carroza del trabajo; resulta que el puro y simple estado no sólo es enteramente incompetente para emancipar a la clase trabajadora, sino que ni aún puede evitar el descenso; todo lo que hay en él es la facultad de retardar y de minorar la inclinación hacia abajo de las condiciones. Aún aceptando éste más favorable de exámenes mentales, sería una sensatez el desecharlo. [Aplauso.] La misión del unionismo no es la de una retaguardia para un derrotado ejército, endurecido en la derrota, habituado a la derrota, y apropiado únicamente para la derrota. La misión del unionismo es la de organizar y de ejercer a la clase trabajadora para la victoria final — para que “asgan y se apoderen” de la maquinaria para la producción, lo que significa la administración del país. [Aplauso.] No obstante, les comprobaré que es responsable directamente por los males que existen, que es un cómplice en el crimen capitalista, y que se ha vuelto un azote para la clase trabajadora. Esto me trae a

LA SEGUNDA CLAUSULA

de las tres cláusulas del Preámbulo que me propuse a discutir con ustedes, las dos últimas como dije al principiar, giran sobre la primera que acabo de demostrar.

La segunda cláusula — la leeré otra vez — es como sigue:

La clase trabajadora y la clase que emplea no tienen nada en común.

De un modo, esta cláusula también queda comprobada por las cifras de este cartel, juntamente con las obvias conclusiones que dimanán de ellas. Cualesquiera que sean los intereses de una clase cuyo bienestar material constantemente

se eleva, y los intereses de la clase cuyo bienestar material, y todo lo que de ello depende, se sumerge perpendicularmente y en tiempo rítmico con la elevación de la primera, como lo ejemplifican estas cifras — cualesquiera que sean los intereses de estas dos, nunca podrán tener *nada en común*. Las relaciones entre estos dos intereses no son siquiera las relaciones de dos, aunque opuestas, pero fuerzas suplementarias, como de las que nos habla la física. Son las relaciones entre el vampiro y su víctima, cuya sangre se bebe — y tales relaciones sin duda no establecen nada en común. De todas las relaciones desiguales, estas relaciones se ganan el premio mayor. [Risa y aplauso, (en el ejemplar se dice que se ganan “la tortita y el pastel”, o el premio mayor)] Realmente, la gente que charla de la “mutualidad”, la “cofradía”, la “identidad” de intereses entre la clase capitalista, o bien la clase que emplea, y la clase trabajadora, le exige al trabajador lo que por ello castigarían a sus hijos si lo creyeran posible. Ellos quieren que ustedes crean posible dividir una manzana entre dos hombres de tal manera de que cada uno reciba el mayor pedazo. [Risa.] ¡Es una imposibilidad! Si el trabajador produce cuatro dólares [ilustrando con los dedos de la mano izquierda,] y el capitalista toma dos, le quedan dos solamente al trabajador; si el capitalista se lleva tres, el trabajador tiene que aguantar con uno; si el capitalista se aprovecha de tres cincuenta, no le queda más que cincuenta centavos al trabajador. Inversamente, si el trabajador se apodera de un dólar entero, la parte que le toca al capitalista queda reducida a tres; si el trabajador se adelanta y se queda con dos, no hay más que dos que le quedan al capitalista; si el trabajador conserva tres, el capitalista tendría que aguantar con uno; y si el trabajador “dividiera” de tal manera que él “asga y se apodere” de todo lo que produce, entonces mi capitalista tendrá que irse a trabajar. [Risa y aplauso.] En otros términos, cesaría de ser capitalista. Ahora, pues, las cifras de este cartel muy claramente ilustran la razón fundamental del sistema capitalista de la producción. Esa ley no le ayuda al trabajador

a que conserve una creciente porción de su producto; le ayuda, sí, le exige al capitalista que haga más intenso el despojo. Su trozo siempre debe ser más grueso, siempre y correspondientemente más delgado debe ser la rebanada que le toca al trabajador. ¡Ahí no hay interés en común! Según por lo concerniente al aspecto de la cláusula que acabo de leer, es enteramente obvio para requerir prueba más allá. Pero más grave razón y significado, significado y razón de meollo y momento más práctico e inmediato yace en esa cláusula.

Es resultado inevitable de la falsedad con respecto a la prosperidad a las parejas de los capitalistas y los trabajadores que sus relaciones son mutuas, y, por lo tanto, que son iguales sus condiciones. Por supuesto, si los dos andan juntos sin tropiezo, deben ser iguales aunque se conceda que su igualdad sea de diferente grado. Desde esa falsedad matriz, puesta en circulación por los profesores, politiqueros y oradores capitalistas, y que apasionadamente la llevan a las filas del puro y simple unionismo los tenientes de trabajo de la clase capitalista, se puede trazar una línea larga de descendencia de falsedades crecientemente insidiosas y realmente pestíferas. La falsedad antecesora del progreso a las parejas del capitalista y el trabajador engendra la falsedad hija de la igualdad del trabajador y el capitalista; la falsedad hija engendra el nieto — el fraude, "contratos"; y verán como el nieto, fraude, produce una prolífica prole de sí mismo para el desfacimiento de la clase trabajadora.

¿Qué es un "contrato"? No les voy a dar una definición socialista de la palabra. El término no tiene nada que ver con el Socialismo. Es un término cuyo significado ha crecido al paso de la experiencia de la raza. La definición que daré es la definición del libro de la ley. Es la definición que todas las Cortes de Justicia aceptan y sobre la que obran. Un contrato es un pacto entre dos partes interesadas iguales; un contrato es un pacto entre pares; un contrato es un pacto entre dos hombres libres. Siempre que las partes interesadas de lo que se llama contrato pertenezcan a estas

categorías, se dice que son contrayentes en mente y poder, y el documento es válido; cuando a lo que se llama contrato le falta algunas de estas cualidades esenciales, especialmente si le faltan todas, el documento es nulo y sin efecto; es una insignia del fraude de que es culpable quien le impone el contrato a su prójimo. Permítanme dar una ilustración.

Supóngase que algún representante de una agencia de conferencias de Minneapolis, deseoso de conseguir mis inestimables servicios como orador para esta noche, me hubiera escrito a Nueva York, pidiéndome los términos; y supóngase que le hubiera contestado yo que iría por \$500. El me hubiera escrito otra vez deseando que bajara más el precio. Le hubiera yo contestado. Supóngase que después de considerable regateo hubiera yo convenido en la suma de \$400 y él hubiera accedido, con lo cual se hubiera redactado un documento de significado más o menos así:

Contrato entre N. N., por una parte, y Daniel De León, por otra parte, han pactado y convenido mutuamente que el mencionado Daniel De León pronunciará un discurso en Minneapolis el día 10 de Julio, y que el dicho N. N. le pagará a Daniel De León en moneda americana la suma de \$400 en efectivo.

Al firmarse este documento, será un contrato. Si en el día citado vine, pronuncie el discurso, y N. N. dejó de pagarme, entonces tendría yo justa razón de demandarlo por violación de contrato, si, por otra parte, yo dejara de presentarme, él me puede demandar por daños y perjuicios y rescatar indemnización por razón de que violé el contrato. Sea lo que fuere lo que piense la gente de mi excesivo precio, el contrato permanecerá. Permanecerá — ¿por qué? Porque él y yo fuimos libres para aceptar o rechazar; ninguno de nosotros obró bajo compulsión; éramos los dos *agentes libres*.

Pero ahora supóngase que, en vez de escribir, él vino a Nueva York, entró precipitadamente en mi oficina, sacó prontamente una pistola de arzón Colt del bolsillo, con el dedo en el gatillo y la detuvo con la boca a una pulgada de mi cabeza, y dijo: "¡Firme esto!" poniendo ante mí un pliego de papel que contenía esta leyenda:

N. N., por una parte, y Daniel De León, por otra parte, han mutuamente pactado y convenido solemnemente y se han obligado legalmente como sigue, a saber: que el mencionado Daniel De León pronunciará un discurso en Minneapolis el día 10 de julio, y el dicho N. N. le pagará al concesionario por sus servicios la cantidad de cinco centavos, dicha suma de cinco centavos el mencionado Daniel De León reconoce que es paga liberal por sus servicios, dicha cantidad se convino después de mutua comprensión amigable entre N. N. por una parte, y Daniel De León, por otra parte. [Risa.]

¿Lo firmaría? ¡Ya lo creo que sí! Lo firmaría por arriba, por abajo, a la derecha, a la izquierda. [Risa.] Nunca cesaría de firmarlo. [Risa y aplauso.] Continuaría firmándolo como una "fotografía cinematográfica", hasta que esa pistola fuera quitada de su cerca proximidad a mi sien. *Esa es la situación de la clase trabajadora cuando firma "contratos".* [Aplauso prolongado.]

Ahora, diremos que él, N. N., regresó a Minneapolis con el "contrato" en su bolsillo, y en la cara la fosforescente luz del contento virtuoso. Diremos que alquila un salón, manda imprimir y pone en circulación carteles que anuncian la reunión y el discurso, envía anuncios a los periódicos; dígase que hasta paga lo que debe, y no defrauda en eso tampoco. Llega el día de la reunión, la hora — pero yo no. Se llena el salón — pero no de mí. Transcurren las horas — cualquiera que esté allí, yo estoy ausente. El auditorio estalla de cólera; a N. N. le insultan con epítetos ofensivos; insisten en que se les devuelva el dinero de entrada y se les da. Dígase que, indignado por mi "violación de contrato", N. N. iniciara una demanda por daños y perjuicios en contra mía. ¿Qué sucedería? Lo arrojarían de la corte por estafador, hasta lo procesarían porque "asaltó con designio a muerte." Ese "contrato" es nulo y sin efecto; es insignia de fraude del cual es él culpable; es todo eso porque no fui yo libre, porque me detuvo bajo compulsión. — *Exactamente así con el trabajador que firma "contratos"; exactamente así con el capitalista que les saca indebidamente todo lo que puede.* [Aplauso.] El trabajador no está en iguales condiciones con el capitalista; no es contrayente en mente y poder con el que lo emplea. Este tiene suspendido sobre el

trabajador el azote que el sistema capitalista pone en manos del amo, el hambre, y con la ayuda de ese azote puede acobardar a su esclavo del jornal hasta que aquezca. Si entre ellos mismos, y hasta en sus expresiones públicas, cuando la cólera los tiene desprevenidos, los apologistas del capitalismo hablan sin consideración del hecho que "sólo el azote del hambre" puede mantener al trabajador en el molino de rueda para andar. En el tribunal del hombre y de la justicia los "contratos" que firma la clase trabajadora son nulos y sin efecto. Y con todo eso, ¿qué es lo que vemos? El espectáculo es de tan diaria ocurrencia que se ha considerado como la naturaleza de un "sistema", de una maniobra premeditada, a la que se entregan los que emplean juntamente con sus tenientes de trabajo para paralizar el movimiento obrero; sí, y todavía peor, de darle el aspecto de hoyo para ratas.

Este es su modo de obrar. Digamos que soy un magnate del ferrocarril. Hago mis "cuadros de servicio de tren" o sean los contratos, no juntamente con todos mis empleados sino separadamente, con cada uno de los gremios — y mientras más gremios autónomos hay entre ellos más me gusta. Incidentalmente, presten ustedes atención a esta circunstancia, que la Confederación Obrera Americana (A. F. de L.) constantemente está desagregando sus uniones nacionales e internacionales en gremios autónomos. Los que la apoyan se empeñan en darle gran importancia a algunos casos excepcionales, para dar la apariencia de que "la Confederación Obrera Americana misma se está industrializando con constancia." El creciente volumen de contiendas jurisdiccionales dice lo contrario. Al proseguir podrán apreciar el significado de la tendencia del gremio autónomo absoluto que se manifiesta en la Confederación Obrera Americana. Pero a regresar. Hago un contrato separado con cada uno de los gremios distintos que están empleados por mi compañía ferroviaria — y mientras más haya de ellos más me gusta. Mi contrato con los maquinistas de locomotoras está redactado para que expire, diremos, el 15 de abril; mi contrato

con los guardagujas está redactado para que expire el día 3 de septiembre; mi contrato con los fogoneros está redactado para que expire, digamos, el 21 de enero; mi contrato con los guarda-frenos está redactado para que expire, digamos, el 30 de noviembre; — etcétera, siguiendo la hilera de gremios con los que el unionismo puro y simple separa a mis trabajadores, y para mi conveniencia no puede haber muchos. Tengo a la industria a mi merced, porque cada gremio separado está limitado por un diferente contrato que expira en diferente fecha. Aunque haya o no haya "contrato", obedientes a esa subyacente ley del interminable tornillo capitalista, esa ley económica que ni el capitalista ni su clase puede refrenar, esa implacable ley económica que les dicta su conducta en las luchas entre sí mismos y que hace a los capitalistas que interpreten estos contratos a su propio gusto— diremos que mis guardagujas están impulsados a la sublevación y a la huelga. ¿Qué hago yo? Le telefoneo a mis principales tenientes de trabajo los presidentes, los grandes jefes, y los secretaríos de grado superior de las uniones nacionales — y, simultánea e instantáneamente, pongo en movimiento a la imprenta, es decir, a los periódicos capitalistas así como también a los así llamados periódicos obreros, redactados por los discípulos de la Confederación Cívica. Mis tenientes de trabajo se apresuran a acudir a mi convocatoria. Por los cuatro puntos cardinales, como mirlos llegan al vuelo al lugar. Y luego, al son de: "¡Hombres infames han violado sus contratos! ¡Hombres calumniosos han violado su pacto sagrado!" Estos y más epítetos semejantes salen de la imprenta que he puesto en movimiento, y que hace a todas las viejas de ambos sexos y de todas edades que miren de soslayo a mis guardagujas como si fueran igual número de serpientes entre la hierba — al son de ese concierto artificial mis tenientes de trabajo nacionales se entregan al trabajo. No fijan su atención en los hombres que están en huelga; los malandrines, violadores de contratos están bajo el menosprecio de mi virtuoso teniente de trabajo. Hacen una convocatoria para los hombres de los otros departamen-

tos — los maquinistas, fogoneros, conductores, etcétera — y con la ayuda de sus agentes insignificantes, hombres despreciables locales, les dirigen la palabra de esta manera: "¡Mirad aquellos vertedores de la iniquidad!" ¡Han violado sus contratos! Es milagro que no cae un rayo del cielo dándoles la muerte. De seguro que los huesos de los patrióticos fundadores de esta República están sonando como una matraca en el sepulcro al descubrir que puede haber hombres tan licenciosos sobrecargando este suelo de libertad. ¡Mírenlos! ¡Violaron sus contratos! De seguro que *ustedes* no harán lo mismo ¿verdad? ¡De seguro que *ustedes* no serán tan viles! ¡De seguro que *ustedes* serán leales! [Risa y aplauso.]

Y los hombres a quienes se les dirigió la palabra en estos términos, con los brazos cruzados sobre su pecho varonil, le rinden homenaje a la Diosa del Contrato, que ha sido evocada ante ellos para la ocasión, y contestan: "¡Nosotros no lo haremos! *Nosotros* seremos fieles a nuestra palabra. *Nosotros* respetaremos nuestros pactos. *Nosotros* no violaremos nuestros contratos sagrados!" [Risa.]

Lo cual traducido al inglés quiere decir — "*Nosotros nos volveremos los esquirols de nuestros compañeros en la esclavitud jornal.*" [Aplauso prolongado.] ¡Y lo hacen! Y así hemos visto a los agremiados maquinistas de locomotora siendo los esquirols de los agremiados fogoneros, y a los agremiados fogoneros siendo los esquirols de los agremiados guarda-frenos, y los guarda-frenos siendo los esquirols de los guardagujas, siguiendo en hilera; y hemos visto a todos estos colectivamente siendo esquirols de los agremiados conductores de tranvía y de toda otra clase de hombres agremiados que están en huelga cuando transportaron ya a la milicia y los militares para que acosaran a los trabajadores a la sumisión, o a los trabajadores que están sin empleo y que padecen hambre para que reemplacen a los hombres que se pusieron en huelga. Así hemos visto a los moldeadores agremiados siendo esquirols de los maquinistas; maquinistas agremiados siendo esquirols de los agremiados

trabajadores de ascensores; los agremiados cigarreros siendo esquirolas de los mozos de café; los agremiados mozos de café siendo esquirolas de los cerveceros; los agremiados cerveceros siendo esquirolas de los trabajadores en la glu-cosa; los agremiados tronquistas siendo esquirolas de los carpinteros; los agremiados enladrilladores siendo esquirolas de los trabajadores en cemento; los agremiados mineros de carbón bituminoso siendo esquirolas de los mineros de an-tracita — y siguiendo en hilera hasta el último y mínimo de las organizaciones de gremios, y todos contra cada uno. [Aplauso.]

Es el hecho, de profunda significancia, aunque parece elu-dir la observación de los observadores superficiales que no es el *esquirol no agremiado* el que dispersa las huelgas, sino el *gremio organizado* que en realidad hace el hecho vil [fuerte aplauso]; y así cada gremio mismo cuando está en huelga lucha heroicamente, cuando no está en huelga se porta como notorio esquirol [aplausos]; traiciona a su clase — todo lo hace por insensata veneración a los “¡contratos!” [Fuerte aplauso.] Poco hace que tuvimos una notoria ilus-tración de esta vergonzosa acción en la ciudad de Nueva York, cuando los hombres del Ferrocarril Interseccional de Belmont se pusieron en huelga para la mejora de las con-diciones de vivir, y Gompers, juntamente con los otros laca-yos de la Federación Cívica de Belmont, hábilmente ayuda-dos por sus subordinados lacayos locales, como el Sr. Morris Braun, de la unión Internacional Cigarrera No. 144 de Gompers, les echaron gritos a los hombres que estaban en huelga condenándolos como violadores de contratos, les re-vocaron sus cartas porque “eran indignos del unionismo,” le proclamaron a Belmont directamente que “los hombres habían obrado mal,” y humildemente le pidieron perdón por los pecadores. [Voces: “¡Qué vergüenza!”] Todavía otro caso y aún más conmovedor fué la huelga de los chiquillos vendedores de periódicos de Nueva York, a quienes Hearst les había subido el precio de su papel. Estos chiquitines, quienes, por su mera apariencia, publican a campo raso la

desapiadada crueldad del capitalismo hasta en contra del niño indefenso; mal vestido, mal alimentado, mal calzado; privados de la inocente alegría de la niñez, que es tan in-dispensable para el desarrollo del hombre futuro; su ins-trucción elemental ha sido impedida; prematuramente arro-jados a la tentación del vicio; monumentos del canibalismo capitalista, que andan, corren y gritan — estas granujas se presentaron ante la Unión Tipográfica No. 6, y le pidieron apoyo, apoyo a los hombres quienes muchos de ellos mis-mos eran padres, y que si hubieran estado en huelga con los muchachos, ciertamente les hubieran asegurado la victoria. ¿Lo hicieron?

“Un juramento, un juramento, tengo un juramento en el cielo. ¿Perjuraré a mi alma?”, pregunta el pícaro en el drama de Shakespeare. “¡Un contrato! ¡Tenemos un contrato en el bolsillo de nuestro amo Hearst! ¿Cometeremos un abu-so a nuestra conciencia por romper el contrato?” preguntaron los componedores de gremios. ¡Naturalmente que no lo ha-rían! [Risa y aplauso.] Baboscaron su “compasión” para con los muchachos; les confirieron dulces palabras que no consiguen nada — y los muchachos fueron derrotados. Aquí se debe añadir, aunque es una digresión, que cuando un año más o menos después la misma unión tipográfica se puso en huelga contra el *Sun* (periódico de Nueva York), esos hombres barbudos se arrodillaron ante los idénticos mu-chachos a quienes habían dejado desamparados en un apuro, y a quienes les imploraban su apoyo. Que se inscriba el hecho como evidencia de la inherente nobleza del corazón humano, y en honra de la niñez — la promesa siempre reno-vada que el calor y el instinto humanos nunca dejarán de existir en la tierra — que cuando recurrieron a los mucha-chos, los muchachos devolvieron bueno por malo, y les ayu-daron a los impresores a pugnar en su huelga. [Fuerte aplauso.] Era un aliento puro de Industrialismo.

Y en Chicago, durante meses recientes, ¿qué espectáculo se presentó allí? Vimos a los trabajadores de prendas de vestir, tocando los tambores y a banderas desplegadas vale-

rosamente irse a la riña. Pelearon valientemente y fueron arrojados del campo. Luego los tronquistas se embadurnaron de pintura y se lanzaron al combate en favor de los derrotados trabajadores de prendas de vestir. Ellos, también, pelearon con el furor de héroes, y cayeron. Posiblemente alguna tercera división de trabajadores podrá tomar el campo para vengar la causa de los tronquistas, después de haber sido estos derrotados en su esfuerzo para vengar a los trabajadores de prendas de vestir ;después de que su lucha fracasó! — ¿Saben ustedes qué le pasaría al general quien, frente al enemigo en orden de batalla, en vez de concentrar sus fuerzas para la riña, despachara al campo de batalla una pequeña división; esperara hasta que esa fuera aniquilada; luego despachara la segunda pequeña división; otra vez esperara hasta que esa fuera derrotada; después despachara la tercera, que igualmente fuera destruida, hasta que su poderoso ejército entero fuera desmoralizado y huyera? ¿Saben ustedes qué le pasaría a ese general? ¡Lo cogerían del cuello, lo someterían a consejo de guerra, y lo fusilarían por detrás por alta traición! Pues bien, yo no soy profeta, ni el hijo de un profeta; pero sin embargo concluyendo por los hechos que vienen al foro en tropel, me atrevo a decir en este día 10 de julio de 1905, que el día está cerca en que la clase trabajadora de América someterá a consejo de guerra a los Gompers, los Mitchell, los Stones [fuerte aplauso] — cuyo generalato está sacrificando al ejército de trabajadores — los someterá a consejo de guerra por alta traición contra la clase trabajadora. [Fuerte aplauso.]

Así, trazamos, en línea recta de descendencia de la antepasada falsedad tocante a la mutualidad de relaciones entre la clase que emplea y la clase trabajadora, una larga genealogía de principios fraudulentos, culminando en "haciendo contratos" para paralizar a la clase trabajadora, y la cosecha de males que salen de ella. La falsedad solamente puede engendrar falsedad, y la freza de la falsedad es mala; inversamente, lo malo puede ser engendrado únicamente por la falsedad. En el armazón del sistema social capitalista, la

clase trabajadora y la clase que emplea o sea la clase capitalista no tienen nada en común. El principio es un faro en el camino que emprende la clase trabajadora hacia la emancipación; el principio contrario es una luz falsa que atrae a la ruina social. [Aplauso.]

LA TERCERA CLAUSULA

de las tres cláusulas principales y típicas del preámbulo, es la más extensa; es de importancia especial. Debo encomendarles su fija y continua atención [leyendo]:

Entre estas dos clases la lucha tiene que continuar hasta que todos los trabajadores se unan en el campo político, así como también en el campo industrial, y angan y se apoderen de aquello que ellas producen con su trabajo por medio de una organización económica de la clase trabajadora, sin ninguna afiliación con partido político alguno.

Esta cláusula contiene dos ideas distintas, unidas en dos oraciones separadas. Las dos ideas son tan distintas — la idea de la necesidad absoluta de unidad política, y la idea aparentemente contraria de la suficiencia de la organización económica que al fin le arrancará los grilletes al esclavo del jornal — que se deben discursar separadamente.

1. La Unidad Política.

No puedo reclamar para el movimiento Industrialista y su preámbulo, ni para la declaración de principios, la palma de la originalidad por el pensamiento que se sobreentiende en la oración que los trabajadores tienen que "unirse en el campo político así como también en el campo industrial", porque ese es también el pensar del unionismo de gremios. El pensamiento sobreentendido ahí es que la política es asunto del unionismo. Esto no es pensamiento nuevo. Extraño como lo parezca al principio, es una idea que penetra en el unionismo gremial también; más extraño lo es aún, es una idea de la que se han hecho guardianes especiales los tenientes de trabajo de la clase capitalista que están encargados del gremio o del unionismo puro y simple. Sobre este asunto,

el mérito del Industrialismo no depende de la declaración de un nuevo pensamiento. El gran mérito depende de la declaración de un nuevo pensamiento. El gran mérito depende de declarar en alta voz una realidad que, habiéndola guardado secreta dichos tenientes de trabajo, les ayudó a sacar provecho de ella a costa de los miembros. Es el caso de que el guardián no les revela a sus menores en tutela la oculta riqueza de su patrimonio, y, a hurtadillas, negociando él mismo con esa riqueza. Mucho consiste en comprender completamente estas realidades.

¿Quiénes de ustedes no han visto el espectáculo del teniente de trabajo saltando de su asiento como si hubiérase estallado un torpedo debajo de su asiento, cada vez que la economía o la sociología del trabajo fuera expuesta en una junta de la unión gremial? Ese es un espectáculo general. Cualquiera que sea el tema que se presente a la unión, se tiene que discutir el asunto por uno de dos puntos de vista — ya sea del punto de vista de la clase capitalista o del punto de vista de la clase trabajadora, eso es, la economía Socialista. Mientras que la discusión siga el curso capitalista, el teniente de trabajo se quedará sentado en su asiento, impasible, sonriendo complacientemente, tal vez hasta dormitando felizmente. Pero no más déjese oír la primera palabra que tenga el timbre de Socialista, eso es, la economía política de la clase trabajadora, y notarán una transformación repentina. Como leal perro vigilante del capitalismo, el teniente de trabajo de la clase capitalista gruñirá, saltará de su asiento y ladrará. Varias veces con premeditación he sometido eso a prueba en las juntas de uniones de gremios en las que por casualidad me he hallado. Participaba en la discusión que se desarrollaba, que se desarrollaba pacíficamente mientras que el teniente de trabajo de la clase capitalista miraba con indiferencia — discusiones tocante a la emigración, discusiones con respecto a ponerles entredichos a negocios para coercerlos, discusiones sobre los sueldos, discusiones sobre las casas de vecindad, discusiones sobre el tráfico de licor, etc., etc. Esmeradamente evitaba usar la pa-

labra "la política"; deliberadamente evitaba usarla. Si la palabra "la política" no se escapaba de mis labios, mucho menos el nombre, "Partido Socialista Obrero". Eran palabras como si fueran prohibidas y ajenas para mí mientras que hablaba yo. Pero he aquí, tan pronto como desplegaba mi argumento para sacar al frente el punto de vista de la clase trabajadora, que es el punto de vista Socialista, saltaba el perro vigilante de la clase capitalista con la protesta: "¡No se habla de la política en la unión!" Tenía razón; es decir la economía Socialista o de la clase trabajadora es política. *Por el mismo rasgo característico la economía capitalista igualmente es política.* [Fuerte aplauso.] La economía capitalista está en casa, la economía capitalista se tolera, la economía capitalista es protegida, sí, por la economía capitalista se lucha en el unionismo de gremios — ¿quién osará contradecir que la política es un hecho palpitante en la unión? O ¿quién osará negar que el teniente de trabajo de la clase capitalista especialmente custodia ese tesoro? Está comprobado. Sobre este asunto particular — el punto de que la política es cuestión del unionismo — el Industrialismo no pronuncia ningún principio nuevo, a lo menos un principio que al disputarlo la boca del unionismo de gremios mentiría. Sin embargo, grande es el mérito del Industrialismo en las consecuencias que dimanaban de su declaración. Por medio del unionismo gremial los perros vigilantes de la clase capitalista guardan secreto el tesoro para su propio provecho. Al declarar abiertamente el tesoro, el Industrialismo lo convierte en propiedad pública. Las consecuencias que dimanaban a causa de esto señalan el voltear de una vieja hoja y el abrir de una nueva hoja. Esa hoja nueva lleva la inscripción, "Unidad Política". [Aplauso.]

No es la organización política — como lo indica el preámbulo y lo comprobaré — que puede "asir y retener" el suelo y el capital y la plenitud de éstos. Esa — como declara el preámbulo y que la comprobaré — es la función reservada para la organización económica de la clase obrera. No obstante, la sociedad camina paso por paso, no por la

via de una sucesión de naufragios, sino por la vía de la evolución. Cada subsiguiente paso social se une a la que le precede. Antes de que se establezca la nueva sociedad y sus métodos funcionen, por fuerza se acude a los métodos de la antigua. Es el cordón umbilical del niño que está naciendo. La evolución del sistema capitalista al Socialismo señala una revolución de primera distinción. Los métodos de la República Socialista serán los métodos que dimanen de su propio armazón material. Este es tan diametralmente opuesto al armazón social capitalista, que los dos métodos no tienen comparación. La sociedad capitalista requiere el Estado Político; de consiguiente, su economía se cambia en dogmas políticos; la sociedad Socialista, al contrario, no sabe nada del Estado Político: en la sociedad Socialista el Estado Político es algo del tiempo pasado, ya sea seco y no existente por falta de uso o amputado — según puedan dictar las circunstancias. Con todo eso, el Socialismo es el desarrollo superior que sale del capitalismo. Como tal, los métodos del movimiento Socialista en su marcha hacia la sociedad Socialista son dictados por fuerza primeramente por el cascarón capitalista del que está saliendo el Socialismo. Viendo que la economía capitalista se cambia a la política, la economía Socialista no puede escapar completamente el procedimiento. Una parte, la mejor, la parte constructiva de la economía Socialista, se cambia a la organización industrial de la clase trabajadora: él mismo se cambia a esa formación que contorna el molde del futuro sistema social; otra parte de la economía Socialista, sin embargo, inevitablemente se cambia a la política: inevitablemente asume esa forma que iguala a los métodos capitalistas. Sobre ese plano el movimiento Socialista cruza espadas con la clase moderna gobernante — aquellos para defender, éste para desalojar y desguarnecer su villa de ladrones. [Aplauso.] Este es el hecho que yace en el fondo del dogma marxiano en substancia que el movimiento obrero es esencialmente político. En un país como el nuestro, en donde, en conformidad con el capitalismo completo, el sufragio es universal, el inevitable

carácter político del movimiento obrero se pone aún más marcado.

La oración del preámbulo que estamos considerando ahora, y que impulsa la necesidad de la unidad política así como también la industrial, está fundada en estos hechos. Por ejemplo, cuando un grupo de trabajadores se imaginan que deberían mancomunar sus votos con aquellos del libre cambio quienes los emplean, es indiscutible que no pueden ser una unidad en el campo industrial con otro grupo de trabajadores cuyo punto de vista económico es que la protección les garantiza trabajo y mejores sueldos. Para tomar otro tema de discusión, cuando un grupo de trabajadores participa de la idea capitalista económica que el patrón de oro quiere decir buenos sueldos, es imposible que se puedan unir en el campo político con aquellos de sus compañeros en la esclavitud jornal cuyo dogma político financiero es que la abundancia de dinero quiere decir abundancia en los jornales. Estos dos grupos no pueden unirse industrialmente, como ni políticamente, por la simple razón que no están en el cauce de la pugna de clase. Siganse sus puntos de vista económicos y políticos hasta sus respectivas fuentes, y las hallarán idénticas — *el error fundamental que la condición del empleado depende de la condición del que lo emplea*. El pernicioso resultado del error es obvio: los que emplean están divididos en clanes que luchan y compiten unos con otros; por lo tanto, si los trabajadores son apéndices de los que los emplean, no pueden ser menos que divididos igualmente. La ignorancia de clase, de consiguiente, dispersa las filas de la clase trabajadora. La ruptura que se produce en el campo industrial se refleja en el campo político, y vemos allí el voto de la clase trabajadora igualmente dispersado — se vota por todo el sinnúmero de partidos que se encuentra en el campo, desde el más sano Socialista hasta el utópico prohibicionista; y, por otra parte, la ruptura que se exhibe en el campo político ejerce una reacción sobre la división y la hace más intensa en el campo industrial en donde, gracias a la perniciosa costumbre

del unionismo de gremios, vemos la mano de la clase trabajadora al cuello de su propia clase trabajadora. [Aplauso.]

Con respecto a esto, la proposición especulativa ha nacido en algunas mentes de que si la unidad política se efectúa por la unidad industrial, o si la unidad industrial es efectuada por la unidad política. Como cuestión de la filosofía especulativa, se puede relegar al reino de la ociosa discusión. En la física una proposición semejante se halla en el acertijo: ¿Qué fué primero, la gallina o el huevo? Un hombre contesta: "Por supuesto, la gallina: sin la gallina, no hubiera ave para poner el huevo"; otro declara: "Cuán absurdo, el huevo debe haber sido primero: sin el huevo, no hubiera nada de donde saliera la gallina." Somos conocedores de que en la vida material el procedimiento evolucionario es tan gradual que el resultado ejerce una reacción sobre la causa en una cadena tan interminable que, en el limitado espacio de la observación del hombre, la línea exacta de demarcación no es siempre averiguable. La causa y el efecto se convierten en asuntos relativos, frecuentemente dependen del punto de vista del momento. Igualmente lo es en asuntos sociales. Como una cuestión abstracta, es especulación ociosa si la claridad política causa claridad económica, o, inversamente, si la claridad económica efectúa claridad política. Sabemos que en ciertos grados del movimiento la claridad política puede adelantar a la claridad industrial, e influir en y estimularla; igualmente sabemos que en ciertos otros grados, no hay unidad política, y por lo tanto, ni es posible la claridad política, excepto como resultado de la unidad económica, y que presupone la claridad. El que está ocupado en criar aves de corral obtendrá los huevos de donde saldrán las gallinas; el que quiera huevos para el mercado conseguirá las gallinas para que los pongan; y el que quiera ambos, huevos y gallinas, cultivará ambos; no agotará sus fuerzas en especulaciones respecto a "la causa original." Esa es la actitud del Preámbulo del Obreros Industriales del Mundo. Reconoce la necesidad de la unidad política así como también industrial; proclama el hecho;

ni tampoco oculta su opinión de cuál de las dos, en este grado del movimiento, debe preceder para hacer posible la otra. La estructura de la oración en punto de consideración, que proclama la necesidad de la unidad "en el campo político, así como en el campo industrial," ampliamente indica cuál de las dos unidades considera el Industrialismo que sea el necesario requisito previo en este grado del movimiento obrero en América. La oración proclama el hecho, que al grado que há alcanzado el movimiento obrero en América, la unidad política de la clase trabajadora sólo puede ser el reflejo de la unidad económica; también proclama el subyacente, fértil hecho que el movimiento político absolutamente es el reflejo de la organización económica.

Un brillante pasaje en el "Décimoctavo Brumario" de Marx exhala un refulgente detalle incidental sobre este tema particular. Refiriéndose a la conducta de los señores feudales de Inglaterra durante la Revolución Británica, Marx dice que ellos creían que la Corona Británica y la Iglesia Anglicana eran los sujetos de su entusiasmo, hasta que la hora de peligro les arrancó la admisión que por lo que tenían entusiasmo era el *alquiler del suelo*.

Y así de esa manera vemos comportarse ahora a los redactores de la prensa privadamente poseída del partido Socialista o Democrático Social en el país, llamados en este estado el partido de Propiedad Pública. Ellos creían que el Socialismo era el objeto de su entusiasmo, hasta que la hora del peligro — la impresión del manifiesto de los Industrialistas de Chicago, y la reunión de la convención de Chicago — les ha arrancado la admisión que por lo que ellos tenían entusiasmo eran las marmitas de la A. F. de L. [Aplauso.] La unidad política es un grito de combate del Unionismo Industrial.

2. *La Función del Unionismo.*

Ahora proseguiré a la segunda, la oración final de la tercera de las tres cláusulas que hemos estado considerando

— la oración que establece la teoría que el acto final, el acto consumidor de la emancipación obrera se tiene que llevar a cabo por los obreros quienes deben "asir y retener" el producto de su labor" por medio de una organización económica de la clase trabajadora, sin afiliación con partido político alguno;" en ningún país, fuera de los Estados Unidos Americanos, es racional esta teoría. Es irracional y, por lo tanto, inaplicable en todos los otros países, posiblemente con la excepción de la Gran Bretaña y el resto del mundo de habla inglesa, porque ningún otro país más que los Estados Unidos Americanos ha alcanzado a ese grado del capitalismo completo en su entereza — económica, política y social — como lo ha logrado los Estados Unidos Americanos. En otros términos, ningún otro país está preparado para la ejecución de las tácticas revolucionarias marxianas. [Aplausos.] Con razón la teoría ha alborotado a todas las lechuzas, incluyendo a los sendo-marxistas; con razón a todos los gremios atolondrados del A. F. de L., juntamente con sus emparentadas "cofradías" gremiales, los ha puesto a pensar y a estudiar la "contradicción" de exigir la "unidad política", y con el mismo resuello proponer asir y retener la maquinaria de la producción por medio de una organización económica "sin la afiliación con algún partido político." En esta oración del preámbulo se condensa lo que se puede llamar el código de las "tácticas" marxianas, que se distingue del código de la "economía" marxiana: el código de la "acción", que se distingue del código de la "teoría." Como consecuencia de esto, la oración reseña la forma de la administración gubernamental de la República del Trabajo. Envuelve la cuestión vital de la función del unionismo, una cuestión que es tan extensiva y erróneamente entendida que, por una parte, vemos a los "intelectuales" siempre despreciando el unionismo, y arguyendo, como es su costumbre, empleando aserciones anteriores en parte correctas y la mayoría falsas, que "la unión es una institución pasajera," que no vale la pena molestarse por ella; y, por otra parte, el "unionista", así —llamado, con instinto prác-

tico que le dice que la unión no es una "institución pasajera", pero que desatina en la superstición de venerar como "unionismo" lo que es puramente una invención capitalista, rotulada "unión" para engañar, y que verdaderamente tiene la intención de impedir el camino del unionismo. El preámbulo del Trabajadores Industriales del Mundo es el primer manifiesto en el campo de la práctica que remacha esta cuestión de muchos aspectos. Como le sienta a sus oportunidades, por esto su deber, este fruto maduró primero en el suelo de América.

No le corresponde a una organización política, es decir, un partido, "asir y retener" la maquinaria de la producción. Ambas la "razón de ser" y su "estructura" la inhabilitan para tal trabajo. He tratado extensamente algunos aspectos de este asunto en el discurso que pronuncié el año pasado en Newark, New Jersey, "La Ardiente Cuestión de Los Gremios Obreros." Ahora lo trataré un poco más en detalle.

La "razón de ser" de un partido político lo inhabilita para "asir y retener" la maquinaria de la producción. Como se hizo ver cuando traté la primera oración de esta cláusula — la oración que impulsa la necesidad de la unidad política — la "razón de ser" de un movimiento político son las exigencias del cascarón burgués en el que la Revolución Social tiene que, en parte, darle forma a su curso. La administración gubernamental del capitalismo es el estado, el propio gobierno (esa institución es puramente política). El poder político, en el lenguaje de Marx, es meramente el organizado poder de la clase capitalista para oprimir, para refrenar, para mantener a la clase trabajadora en sujeción. [Aplauso.] El cascarón burgués en el que la Revolución Social debe formar su curso en parte dicta el establecimiento de un cuerpo que disputará la posesión por la clase capitalista de la villa de ladrones. La razón de tales tácticas iniciales dicta también su último fin — *el arrastramiento de la villa de ladrones de la tiranía capitalista*. Los talleres, empresas ferroviarias, las fábricas, en fin, los esta-

blecimientos maquinales de la producción, ahora en manos de la clase capitalista — todos serán “asidos,” no para ser destruidos sino para que sean “retenidos”; con el fin de mejorar y de agrandar todo lo bueno que hay latente en ellos, y que el capitalismo empequeñece; en resumen, serán “asidos y retenidos” para salvarlos para la civilización, es exactamente lo contrario con el “poder político”. Ese se asirá con el fin de *abolirlo*. Resulta de aquí que el fin del movimiento político obrero es puramente *destructivo*. Supóngase que, en alguna elección, el brazo político, consciente de clase de la clase trabajadora abarcara el campo; supóngase que la comprensión fuera realizada de un modo tan derrumbador que los oficiales de las elecciones capitalistas mismos están derrumbados tan completamente de su base que no lo harían, si podían, y que no podrían, si querían excluirnos; supóngase que, desde el Presidente hasta el Congreso y el resto de los reductos políticos de la villa de ladrones capitalista política nuestros candidatos fueran instalados; supóngase que, ¿qué hubiera que hacer para ellos? ¿Qué habría que hacer para ellos? Simplemente *suspender el cuerpo deliberante, al punto, indefinidamente*. Su trabajo se terminaría con desbandarse. El movimiento político de la clase trabajadora, que, en caso de triunfo, prolongara su existencia un segundo después del triunfo, sería una usurpación. Sería una usurpación o la señal para una catástrofe social. Sería la señal para una catástrofe social si el triunfo político no hallara a la clase trabajadora del país industrialmente organizada, eso es, en entera posesión de las instalaciones de maquinaria para la producción y la distribución, en efecto, capaz de asumir la íntegra conducta de las fuerzas productivas del país. La catástrofe sería instantánea. Las instalaciones de maquinaria para la producción y la distribución habiendo permanecido en manos capitalistas, la producción sería impedida instantáneamente. Por otra parte, si el triunfo político halla a la clase trabajadora industrialmente organizada, entonces si el movimiento político prolongara su existencia sería tratar de usurpar los poderes

que su mismo triunfo anuncia han recaído sobre la administración central de la organización industrial. La “razón de ser” de un movimiento político obviamente lo inhabilita para “asir y retener” la maquinaria de la producción. A lo que “entra” el movimiento político no son los talleres, sino la villa de ladrones del capitalismo — con el fin de desguarnecerlo. [Aplauso.]

Pues bien, ahora en cuanto a la “estructura” de un partido político. Averigüen eso cuidadosamente, y el hecho no se les puede escapar de que también su estructura inhabilita al movimiento político para “asir y retener” la maquinaria de la producción. La inhabilidad dimana inevitablemente de la “razón de ser” de la política. “La razón de ser” de un partido político, hemos visto, es para contender con el capitalismo en su propio campo especial — el campo que determina el destino del poder político. Síguese que la estructura de un partido político debe ser determinado por el sistema gubernamental capitalista de demarcaciones territoriales — un sistema que la República Socialista echa de sí como escara fuera de la que habrá crecido la sociedad. Por ejemplo, el Congreso, ya sea el Senado o la Cámara de Representantes. La unidad de la representación congressional es puramente geográfica; es arbitraria. La estructura del distrito congressional refleja el fin del estado capitalista — política, eso es, la tiranía de una clase sobre otra. La idea de la producción falta, enteramente de las demarcaciones congresionales. No puede ser de otra manera. El Congreso — no siendo la administración central de las fuerzas productivas del país, sino la organizada fuerza de la clase capitalista para la opresión — sus cuerpos componentes no pueden tener ninguna traza de un fin para administrar la producción. Los zapateros, los enladrilladores, los mineros; los empleados de la empresa ferroviaria, juntamente con los trabajadores en todas formas de otras partes de industrias, están, en efecto, mezclados juntos en cada separado distrito congressional. De consiguiente, la organización política de la clase trabajadora que intenta capturar un distrito

congresional es completamente incompetente para "asir y retener" las instalaciones de maquinaria de la industria. La única organización capaz de hacerlo es la organización de las varias industrias mismas — y ellas no están expuestas a las líneas políticas de demarcaciones; se mofan de todas tales líneas arbitrarias e imaginarias. El órgano central administrativo de la República Socialista — exactamente lo contrario del poder central del capitalismo, porque no es el poder organizado de una clase gobernante para la opresión, en resumen, no es política, sino exclusivamente administrativa de las fuerzas productivas del país — sus cuerpos componentes tienen que ser exclusivamente industriales. La artillería puede apoyar la caballería; la caballería puede apoyar la infantería de un ejército en el acto de triunfo final; en efecto, en el acto de "asir y retener" las instalaciones de maquinaria para la producción de la nación, la organización política de la clase trabajadora no puede dar ayuda. Su misión acabará de terminar antes de la consumación de ese acto consumado de la emancipación de la clase trabajadora. La forma de la autoridad central, a la que la organización política se tenía que adaptar y por lo tanto hacer responsable, habrá dejado de ser. Como la escama que muda la serpiente que inmediatamente reaparece con su piel nueva, el Estado Político habrá sido mudado, y la sociedad simultáneamente aparecerá en su nuevo traje administrativo. Las industrias, mineras, ferroviarias, textiles, fábricas de construcción, de arriba abajo de la línea, cada una de estas, sin hacer caso de las líneas de demarcación políticas de antes, serán las constitutivas de esa nueva autoridad central cuyo tosco armazón fué erigido en Chicago la semana pasada. [Aplauso.] En donde la Junta Ejecutiva General de los Trabajadores Industriales del Mundo se reúne allí será la capital de la nación. [Aplauso.] Como las endebles casas de naipes que construyen los niños, los gobiernos políticos actuales de distritos territoriales, de estados, sí, de la ciudad misma situada en el río Potomac (Washington, D. C.), caerán a tierra, sus lugares serán reemplazados por los órganos administra-

tivos centrales y subordinados de las fuerzas industriales de la nación. [Aplauso.] Obviamente, no la "estructura" del movimiento político, sino la estructura del movimiento económico es capaz para la faena, para "asir y retener" la administración industrial de la actividad productiva del país — lo único digno de ser "asido y retenido".

La Balota

El preámbulo del Trabajadores Industriales del Mundo afirma bien ambos movimientos de la clase trabajadora, el político y el económico, y los coloca en su relación propia el uno hacia el otro.

Inestimable es el mérito, sería la actitud del movimiento político. Le proporciona al movimiento obrero la oportunidad de ventilar sus propósitos, sus aspiraciones y sus métodos, libre, franco y al descubierto, a la luz del sol de mediodía, mientras que de otra manera, su discusión sería relegada a la circunscrita esfera del agujero de ratas. El movimiento político hace a las masas accesibles a la propaganda del trabajo; levanta al movimiento obrero sobre la categoría de una "conspiración"; pone al movimiento en línea con el espíritu de la edad, que, por una parte niega el poder de la "conspiración" en asuntos que no sólo influyen en las masas, pero en la que las masas mismas tienen que ser agentes inteligentes, y, por otra parte, exige la más libre declaración. En resumen y por fin, el movimiento político hace reverencia a los métodos de la discusión civilizada: *la de la oportunidad a la pacífica solución de la gran cuestión en disputa*. Proclamando la urgencia de unidad política así como también industrial, el preámbulo amplía y suficientemente proclama la afinidad que tiene el movimiento económico con el movimiento político. A la misma vez, proclamando expresamente que "el asir y el retener" es un acto que cae completamente en la incumbencia de la organización económica, el preámbulo cerró una peligrosa aguja, una aguja con la cual toparse hay grave peligro, el peligro de hacer

ilusorio el movimiento Socialista, que significa el movimiento obrero, y hacerlo una percha para el desperdicio "intelectual" de la sociedad burguesa.

La balota es una arma de la civilización; la balota es una arma que ningún movimiento revolucionario de nuestra época puede ignorar excepto con riesgo para sí mismo; la balota Socialista es el emblema de la *rectitud*. Por esa misma razón la balota Socialista es

Más débil que las lágrimas de mujer,
Más dócil que el sueño, más cariñosa que la ignorancia,
Menos valiente que una virgen por la noche,
E inexperto como la inexperta infancia

salvo que sea apoyada por el *poder* para darle vigor. [Aplauso.] Esa fuerza necesaria está recapitulada en la organización industrial de la clase trabajadora. Pues bien, reflexionen, el movimiento obrero necesita esa *fuerza*, casi diría, tanto como para contra los movimientos políticos a los que su propio aliento les da ser como para contra el tirano capitalista mismo. Necesita ese poder en contra el tirano capitalista para darle un golpe decisivo; también necesita ese poder para evitar las malignas consecuencias a las que inevitablemente está expuesto el movimiento político, en esta atmósfera corrompida de la sociedad burguesa. Los dos puntos son vitales. Mucho, infinitamente más de lo que aparece a primera vista, depende de ellos.

A pesar de la distintiva facción económica del movimiento obrero, el principio, que está destinado a tomar también la forma política, no está basado en una teoría finamente hilada. Aún descontando la fuerza de los argumentos sociológicos que les he presentado, y que apuntan hacia la certeza de la manifestación política del movimiento obrero, hay una consideración a la que me he referido sólo incidentalmente hasta aquí, y que, cuando apropiadamente se aprecie, pone el asunto más allá de la posibilidad de la duda. Esa consideración es la existencia del sufragio universal en el país. La institución está criada en los huesos de la gente de tal

manera que, a pesar de que se ha vuelto cascajo en el zapato del capitalista, él, aunque poderoso que sea, no se atreve a abolirlo completamente. Entre tal gente, la idea de esperar conducir un gran movimiento, cuyo palpable propósito es una Revolución Socialista, al grito de combate "¡Abstinencia de acudir a la urna electoral!" La proposición no puede menos que marcar a sus defensores como monstruosidades. Quiéralo o no el movimiento económico, su aspecto político se afirmará en el campo político. Hombres de sus propias filas, y hombres de por fuera de sus filas, elevarán la norma de la política de la clase trabajadora. Ni será pausado el capitalista en empeñarse, mientras tanto mimándolo, en extraerle el guijón. Aunque alertamente guarda de su villa política, de vez en cuando, cuidadosamente escogerá algún candidato "prometedor" de la candidatura de la clase trabajadora, y le permitirá admisión; o tal vez, se sorprende dormitando, y algún candidato de la clase trabajadora se desliza entre los dedos de sus avanzadas en la urna electoral. Sometidos a las añagazas y a los ardidés a la disposición del capitalista, estos afortunados candidatos de la clase trabajadora en los parlamentos del capitalismo, sucumben diez a uno. Sucumben debido a su propia alma inherentemente corrompida, o a su estupidez. En cualquier caso traicionan a la clase trabajadora; el movimiento económico siente dañosamente el efecto. En contra de este peligro hay sólo una protección — la organización Industrial, es decir, la organización económica consciente de clase para mantener recta la balota. Nada menos que tal organización económica evitará el daño, porque nada menos que tal organización económica puede mantener afilada el filo de la espada especial esgrimida por el movimiento político de la clase trabajadora. Lo que es esa espada especial ya he demostrado. Es puramente *destructiva*. El movimiento económico podrá asir un poco a la vez. Lo podrá hacer porque su función últimamente es de "asir y retener" las completas instalaciones de maquinarias para la producción y de salvarlas para la raza humana. El movimiento político, al contrario, tiene

enteramente una función diferente; su función es de derribar completamente la villa política de la tiranía capitalista. Si-guese de aquí que el movimiento político de la clase traba-jadora no puede ni siquiera participar remotamente ni de la apariencia de compromiso. Ejemplifica el propósito revo-lucionario del movimiento obrero; tiene que ser inflexiblemen-te revolucionario. Este hecho dicta la conducta de los afor-tunados candidatos políticos de la clase trabajadora en los parlamentos del capitalismo. El principio halló expresión en la célebre máxima pronunciada por William Liebknecht, cuando todavía estaba él en el pleno vigor de sus aspiracio-nes Socialistas — "Parlamentiren ist paktiren", poner bajo el mando del parlamento es comprometerse, es cabildear, es venderse. [Aplauso.] Cuando, años después, la experiencia le hizo ver claramente la realidad desafortunada que la bur-guesía de Alemania no había terminado su propia revolu-ción; cuando descubrió que esa revolución primero tenía que ser llevada a cabo enteramente, y que no había quien emprendiera la faena más que el movimiento Democrático Social; cuando se encontraron frente a frente con esa dura realidad él y su movimiento, Liebknecht sabiamente adaptó su curso a los requerimientos. Poner bajo el mando del par-lamento son tácticas legítimas de la revolución burguesa. El parlamentarismo que, por lo tanto, la Democracia Social Alemana, con Liebknecht de cabecera, ha sido obligada a practicar, demuestra que el movimiento en Alemania ha sido compelido a adoptar las tácticas del revolucionista burgués — precisamente la razón porqué tales tácticas están ente-ramente fuera de lugar; son inadmisibles, si, son una insig-nia de traición para la clase trabajadora cuando se aplican en América. [Aplauso.] Sin la fuerza del movimiento econó-mico consciente de clase apoyando al movimiento político, los movimientos políticos que el movimiento obrero inevita-blemente promueve en América no sólo serán divididos pero, como resultado adicional, promoverá esa confusión de pensa-miento que se convierte en corrupción y que, reaccionando sobre el movimiento económico mismo, ayuda en echar a pique

su eficacia. Seguramente que no es un accidente que, sin excepción alguna, todos los candidatos de la clase obrera, hasta ahora permitidos por la clase capitalista que se fil-tren por sus guarniciones durante sus corrompidas eleccio-nes, siempre que el cargo al que se les permitió ser elegidos fuera de alguna importancia, uniformemente se han puesto bajo el "mando del parlamento", es decir, "han cabildado", en resumen, han traicionado a la revolución. Lo vimos suce-der durante el apogeo del K. de L.; lo vimos suceder más recientemente en Haverhill, en Brockton, en la Legislatura de Massachusetts, en Paterson, en Sheboygan; lo vemos suce-der ahora en Milwaukee. Es asunto de protección propia con la organización económica vigilando y gobernando la orga-nización política. Inexperta como la inexperta infancia, un peligro para la clase obrera misma, es la espada de la balota de la clase trabajadora sin la fuerza de la organización econó-mica consciente de clase para amolar su filo, para mantenerla afilada, y para insistir en que sea empleada en el cráneo del enemigo, para insistir en ello aunque se ponga a riesgo el atontado, el débil, el traidor. [Aplauso.]

Ahora ya queda sólo un punto que considerar, y termi-naré. Es el punto con respecto a la necesidad de la orga-nización industrial para reforzar la rectitud de la balota con la fuerza necesaria para darle el golpe decisivo a la clase capitalista misma. El punto denota lo que general pero injustamente se significa por

LA HUELGA GENERAL.

un término, que, por medio del abuso de él por sus propios defensores, quienes hasta aquí han trastrocado, se ha tomado en gran parte en sentido erróneo, y debe ser substituído por el término más apropiado de *el cierre general de la clase capitalista*.

El poder político se alcanza por medio de la urna electo-ral. Pero la urna electoral no es campo libre; es un ver-dadero desfiladero. Ese desfiladero es retenido por los agen-

tes de la clase capitalista. Los inspectores y las juntas de las elecciones son personas nombradas por la clase capitalista; son verdaderas guarniciones con las que la clase capitalista retiene el desfiladero. Al imaginarse que estas guarniciones capitalistas de los desfiladeros de las elecciones complacientemente permitirán a los candidatos de la revolución, cuyo programa es de desguarnecer la villa política del capitalismo, que se desfilen pacíficamente, es de ceder a la visión del bobo. La balota revolucionaria de la clase trabajadora ya no se cuenta; no se ha contado desde el primer día de su presencia; y aún más extensamente no se contará en el futuro. Este hecho lo toman algunos como motivo suficiente para concluir que el movimiento político es absolutamente inútil. Los que llegan a esa conclusión caen en el error de dejar de comprender que las correctas conclusiones nunca dimanar de una sola premisa. Se pueden llegar a las conclusiones sólo al considerar todas las premisas en el caso. Mientras que la balota Socialista no fué ni es, y continuará no siendo contada, el movimiento político efectuará lo que toda la falta de ser contada no podrá impedir. El hombre puede hacer monerías con el termómetro, y sin embargo absolutamente no puede hacer monerías con la temperatura. Póngase un pedazo de hielo a la cubeta de mercurio en este cuarto de calor sofocante, la columna caerá hasta más abajo de cero, sin embargo la temperatura permanece en el grado de calor febril. Póngase una ascua a la cubeta de mercurio en pleno invierno, el mercurio subirá al grado de calor febril, pero aún la temperatura permanece fría, inalterada. Así con los resultados de las elecciones. Ellos son el termómetro político. [Aplauso.] Los piquetes políticos de la clase capitalista pueden hacer monerías con eso hasta llenárseles el corazón — podrán alterar por la fracción de un grado la temperatura política que prevalece todo alrededor. Ahora, pues, esa temperatura política, por razones que ya he explicado, es *preminentemente el producto del movimiento político de la clase trabajadora*. [Aplauso prolongado.] Espérense, todavía no he comprobado el pun-

to. Todavía falta remacharlo. La interrogación se podrá hacer, si, se hace la pregunta: ¿Qué se aprovechan las temperaturas políticas más calientes, si la clase capitalista retiene el poder de anularlas con no contarnos? Puede aprovecharse mucho; aquí, en América, puede significar la consumación de ese ideal costosamente perseguido por el Socialista — *la pacífica solución de la cuestión social*. Vean a través a Europa. El espíritu feudal todavía prevalece alta en un respecto importante, como una consecuencia del continuado predominio de grandes trozos de instituciones feudales. En Europa, hasta la clase capitalista está enfudada, sin mencionar a los sobrevivientes principales feudales. Aunque culpables de todos los crímenes del decálogo, hay un vicio del que está substancialmente exento el señor feudal. Ese vicio es la *cobardía*. El valor es el tema de las canciones que mecen su cuna; el valor es el tema de los cuentos de niños con los que se crían; hazañas de valentía son los ideales que se erigen ante ellos. Tomen como tipo al medio-loco, medio-mútilo, Emperador de Alemania. El peleará sean lo que fueren las desigualdades. En Europa una solución pacífica de la cuestión social es ajeno a todo asunto. Pero ¿cómo está la situación aquí en América? ¿Eran las canciones que mecieron las cunas de nuestros gobernantes capitalistas canciones de valor? ¿Acaso serian cuentos de noble valentía que formaban los temas de los cuentos de niños con que se criaron? ¿Fueron los ideales que recogieron del ambiente de sus hogares ideales de virilidad? En resumen, ¿alcanzaron sus presentes puestos por hazañas de valentía? ¡No! Experiencia diaria, corroborada por toda investigación que un grupo de capitalistas erige en contra de otro, nos dice que alcanzaron su presente estado de gobernantes con ponerle arena al azúcar de ustedes, con diluir sus acciones, con poner lana artificial en la ropa de ustedes, con ponerle agua a la melaza de ustedes, con abusos de confianza, por fracasos e incendios fraudulentos, en resumen por estafar. [Aplauso.] Pues bien, el estafador es un cobarde. Como cobarde se hace el espadachín, como vemos lo está haciendo

la clase capitalista, hacia la débil clase trabajadora, débil porque está desorganizada. Ante el fuerte, el espadachín se arrastra. Permitase la temperatura política que ascienda al grado de peligro, luego, a pesar de todas las monerías que hizo con el termómetro, su capitalista temblará en sus botas robadas; no osará luchar, huirá. [Aplauso.] A lo menos, yo, por una parte, espero verlo huir. Pero, en realidad, no lo hará, sólo que, apoyando a esa balota que ha subido la temperatura política a calor febril esté la fuerza de la organización industrial, en completa posesión de los establecimientos industriales del país, organizada íntegramente, y, por lo consiguiente, *capaz de asumir la conducta de la producción de la nación*. La completa organización industrial de la clase trabajadora habrá asegurado entonces el pacífico resultado de la lucha. Pero tal vez el capitalista no huirá. Tal vez, en un delirio de ira, pueda oponerse. Tanto peor — para él. La fuerza, denotada en la organización industrial de la clase trabajadora del país, estará en posición de estropajear la tierra con el usurpador rebelde prontamente [aplausos fuertes] y de proteger el derecho que la balota proclama.

La ineficacia de la balota sola, por triunfante que sea, fué notablemente ilustrada hace nueve años durante la campaña de Bryan. La temperatura política contra los gobernantes plutocráticos del país había subido a tal grado que ellos, por un momento, anticipadamente consideraron perdida la batalla en la urna electoral. Sin embargo, eso no los desconcertó. Por medio de su intérprete nacional, Mark Hanna, ellos amenazaron parar la producción. En otros términos, amenazaron hacer huelga. [Risa.] La amenaza no era una vana ampulosidad. Sí podrían hacerlo. Se sabía que lo podrían hacer. El gremio obrero les dió el poder de hacerlo. La amenaza tuvo su efecto. Pero que trate el capitalista, bajo la presión de la temperatura política levantada por la balota de la clase trabajadora — que trate él de hacer huelga. En posesión del poderío conferido y denotado por la organización industrial de su clase, la clase tra-

bajadora inmediatamente le cerraría las puertas a la clase capitalista. [Aplausos fuertes.] Sin la organización política, el movimiento obrero no puede triunfar; sin la organización económica, el día de su triunfo político sería el día de su derrota.

El industrialismo quiere decir poder. El unionismo de gremios quiere decir impotencia. Todas las instalaciones de la producción, sí, hasta la vasta riqueza para el consumo, está hoy a cargo de la clase trabajadora. Son los trabajadores quienes están a cargo de las fábricas, de las ferroviarias, las minas, en resumen todo el suelo y la maquinaria de producción, y son ellos quienes también se sientan como perros de guarda ante las despensas, las bodegas y ante las bóvedas de depósito de la clase capitalista; sí, son ellos quienes llevan las armas en los ejércitos. Pero este lugar ventajoso no les es de ningún provecho bajo el unionismo de gremios. Bajo el unionismo de gremios, únicamente un gremio a la vez marcha al campo de batalla. Por estar mirando ociosamente, los otros gremios se vuelven los esquiroleros de los luchadores. Tanto por eso como igualmente el inútil mirar de esas divisiones de trabajadores que arman el departamento comisario, por decirlo así, de la clase capitalista, la pugna de clase presenta, bajo el unionismo de gremios, el aspecto de motines insignificantes en los que se incita a pelear la clase trabajadora del estómago y manos vacías contra la clase que emplea que tiene el estómago y las manos llenas. ¿Era esto ignorancia? ¿Era esto traición? Sea lo que fuere, traición o ignorancia, ya se ha llegado a la vuelta de la larga senda. La presente conducta del unionismo de gremios y la futura conducta del Unionismo Industrial, ambos fueron bien representados por uno de los delegados en la convención de Chicago. Ilustrando el punto en cuestión separando los cinco dedos de la mano derecha, demostró que esa era la actitud del gremio o de las uniones autónomas — inconexas entre sí para todo trabajo práctico, y útil nada más como abanico, un abanico que había servido hasta aquí sólo para espantar las moscas de la

cara de la clase capitalista [risa]; y, prosiguiendo entonces en ilustrar el punto adicional cerrando los dedos estrechamente en un apretado puño, demostró que esa era la actitud del Unionismo Industrial — un ariente, que dejaría la cara de la clase capitalista viéndose materialmente diferente de lo que se veía cuando nada más se abanicaba. [Fuerte aplauso.] La impotencia con la que el derecho de la clase trabajadora hasta aquí ha sido golpeado, ahora será organizado en un poderío sin el que ese derecho es sólo una mofa. La señal para esa organización se dió la semana pasada en la convención del Trabajadores Industriales del Mundo; y la palabra salió, como pudo salir de ningún otro país excepto América, en lenguaje que le cae bien a nuestro desarrollo capitalista ya de edad madura.

“¡Unanse! ¡Unanse en el campo económico sobre la única base en que es posible la unidad económica — la base de la solidaridad de la clase trabajadora, el único hecho sólido del que pueda ser reflejada la unidad política! ¡Unanse! ¡Unanse sobre el único principio económico capaz de apoyar el derecho de la balota de la clase trabajadora con el poder para darle vigor! ¡Unanse para el golpe general en la urna electoral, para derrotar la villa política de ladrones del capitalismo, apoyado por la huelga general, o, más bien, el cierre general contra la clase capitalista y cerrarle el paso a los campos industriales que ha usurpado. Unanse para la emancipación de la clase trabajadora, y para salvar la civilización de una catástrofe.”

PREGUNTAS

No. 1

P.—¿No cree Ud. que la clase capitalista tratará de evitar el desarrollo del Trabajadores Industriales del Mundo por exigirle a cada empleado una declaración escrita bajo juramento que él no es miembro de esa organización?

R.—Ensayarán eso, pero se frustrará en su propósito. Yo le demostré que el “contrato” que me hicieron firmar

al detener la pistola a mi cabeza era nulo. Era nulo porque no fui yo sino la pistola quien firmó el contrato. Igualmente con tales declaraciones escritas. No serían juramentos hechos por el trabajador, sino el látigo del hambre que está suspendido sobre su cabeza. El látigo tomó juramento, que lo guarde el látigo. [Risa y aplauso.]

No. 2

P.—Si yo me ingresara a esa unión nueva, inmediatamente me quitarían el trabajo los oficiales de mi organización. ¿Qué podrá hacer uno?

R.—Mire a Rusia. Solevantamientos individuales se trituran velozmente. La protección del individuo yace en los solevantamientos en masa. La tiranía de los grandes duques del A. F. de L. y tales emparentadas organizaciones de gremios se pueden vencer únicamente con solevantamientos en masa contra ellos. Tal aguaje de sublevación contra los tenientes de trabajo de la clase capitalista está tomando forma, para estallar pronto sobre sus cabezas. [Aplauso.]

(El Fin.)

Apendice

La Convención de Chicago, por Daniel De León

Frederick Engels, al lado de Karl Marx, el más grande filósofo Socialista, reitera en su gran obra, "El Socialismo, Utópico y Científico", la filosofía griega antigua enunciada primero claramente por Heraclito, quien dijo, "Todo lo es y sin embargo no lo es, porque todo fluye, está en constante movimiento, está en proceso constante de formación y de disolución." En otros términos, la vida no es un fenómeno fijo sino un fenómeno siempre variante y creciente. En ninguna fase de la vida es tan aplicable esta filosofía en sus aspectos generales como en las esferas económicas y social del hombre. Allí la integración y la desagregación son constantes e incesantes.

Hoy, una gran parte de la clase trabajadora de este país está volteando la vista en dirección de Chicago. En la ciudad de los Grandes Lagos del Oeste se abre hoy una convención de trabajadores, que, a juzgar por el manifiesto que lo convocó, está destinado a señalar un cambio importante en la historia de la clase trabajadora en este país. Esta convención promete dar principio a una organización económica de la clase trabajadora al lado de los intereses antagónicos de la clase capitalista y la clase obrera, a distinción directa de la reinante organización, que está basada en el principio de intereses mutuos de la clase capitalista y de la clase trabajadora. Tal organización necesariamente exige la integración y la desagregación. Necesariamente ignora a aquellos quienes consideran que la presente forma de los gremios obreros es fija y constante, y prosiguen en reconstruirse en conformidad con sanos principios, filosóficos así como también económicos.

Que tales promesas como las del manifiesto de Chicago han sido propuestas anteriormente y han terminado en comparativo fiasco — que el Gremio Socialista y la Alianza Obrera y la Unión Obrera Americana, por ejemplo, han ensayado la misma cosa con cierto punto de éxito menos

del que confiadamente esperaban — no es justa razón para desacreditar tales promesas, ni para no ayudar en el trabajo que las efectuará — la integración y la desagregación son procesos que a menudo tienen que ir acompañados del fracaso y de la experimentación para finalmente tener buen éxito. El hecho de que los esfuerzos de darle principio a una organización consciente de clase de la clase trabajadora están logrando cierta fuerza cumulativa, a pesar de sus comparativos fracasos, es buen sostén para su triunfo final.

Otro hecho, digno de consideración, es la condición más favorable de los asuntos en que se le dará principio a la nueva organización. Primero, está apoyada por un gran número de periódicos semanales y mensuales, libres de las influencias estranguladoras del gremio obrero capitalista que en algún tiempo haya sostenido anteriormente tal movimiento. Encabezados por el Daily (Diario) y el Weekly People (el Gente Semanal), y el succo, el judío, el alemán, el húngaro y el italiano órganos del Partido Obrero Socialista, tiene una prensa periódica que ejerce una vasta influencia y que puede obrar con mucha construcción así como también con mucha destrucción, también defensiva como agresivamente, en favor de sí misma. Otra vez, el desarrollo del sentimiento Socialista y del Socialismo revolucionario son elementos que no se pueden ignorar. Poseen una fuerza para lo bueno para combatir las obras engañosas y traicioneras del unionismo capitalista, la cual no estuvo tan claramente presente en los pasados ensayos de la misma clase como prometió el manifiesto de Chicago. Estando ellos (los elementos citados) presente, el raciocinio y la calumnias capitalista ya no poseen el campo imperturbado, sino que están afrontados por antagonistas cuya creciente fuerza les amenaza con desastre abrumador. En fin, para ayudarle, el movimiento nuevo siente una existente repugnancia hacia la traición y la ineficacia del Gompersismo, combinado con sus tendencias desagregadoras. La clase trabajadora mira desde San Francisco hasta Fall River. Observan por todas partes acciones mutuas de obreros que substituyen a huelguistas, de cobehos y de derrotas. Observan a la Federación Cívica Na-

cional y su influencia maligna en sus asuntos de ellos, como fué ejemplificado en la huelga de la ferroviaria subterránea. Están, de consiguiente, sensitivos de la impotencia y la perfidia del Gompersismo. Además, y sobre todo, observan los cambios orgánicos en el sistema del capitalismo mismo, y la correspondiente falacia del unionismo de Gompers. En consecuencia, están dejando a este último y están volviéndose hacia el unionismo consciente de clase, con todo lo que eso significa. ¿Cuándo eran las promesas de tal unionismo más favorables aún y dignas de apoyo? Nunca jamás en la historia del movimiento obrero americano.

Hay que haber esperanza de que la convención de Chicago esté sensitiva a estos hechos y que los mejore. Un paso para atrás sería deplorable, mientras que las condiciones justifican muchos pasos adelante. La mera declaración del Unionismo Industrial no será suficiente sin la determinación de hacer el estado consciente de clase la esencia del nuevo movimiento. Algunos sabios "Socialistas" proclaman la Unión Tipográfica Internacional, una Unión Industrial, porque incluye en sus filas muchas divisiones de la industria de imprenta. El hecho de que estas divisiones son las divisiones que pagan mejor, que utilizan las divisiones inferiores para subir exclusivamente sus propios sueldos, como se hizo en la huelga del *Eagle* de Brooklyn, no afecta nada a su aparato de pensar de estos sabihondos. Ni el hecho de que la Unión Tipográfica Internacional endosó el plan de acción de Crag-Jorgensen en asentar la cuestión obrera, no hacen la menor impresión en su "sapiencia".

Ahora como siempre, ellos están satisfechos con la forma, porque la esencia no la comprenden. ¡Salvémonos de tal "unionismo industrial!" ¡Es la antigua adulteración venenosa con marbete nuevo! Si la convención de Chicago se eleva a la altura de su deber y si obedece la súplica de desagravio de la clase obrera, progresará como lo merece. De otra manera la retrogradación será su suerte, mientras que la integración y la desagregación continuarán en el mundo de la clase trabajadora como en antaño.

—(Editorial en el *Daily People*, junio 27, 1905.)

WEEKLY PEOPLE

OFFICIAL ORGAN OF THE SOCIALIST LABOR PARTY

ORGANO OFICIAL DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

EL WEEKLY PEOPLE es el órgano oficial del Partido Socialista Obrero de América. Ha sido publicado sin interrupción desde que se fundó en 1891. Es la publicación Socialista más antigua que se imprime en los Estados Unidos.

EL WEEKLY PEOPLE estimulará la inteligencia de todos sus lectores. Les surtirá de informes que necesitan para enseñarles la necesidad para la solución Socialista de los problemas de la sociedad. Les dará el programa de la Unión Industrial para la liberación de la clase obrera.

Para artículos importantes tocante a importantes acontecimientos, para noticias de semana por semana que afectan a la clase trabajadora, lea Ud. el WEEKLY PEOPLE con regularidad. Los precios del WEEKLY PEOPLE son:

Precios interiores:

Un año, \$2. (M.A.); 6 meses, \$1. (M.A.); 3 meses, 50 centavos (M.A.); subscripción de prueba por 6 semanas, 25 centavos (M.A.).

Precio exterior:

Un año, \$2.50 (M.A.).